

LA POBREZA
EN EL
AMOR.

LA POBREZA
EN EL
AMOR.

Emilato

INTRODUCCIÓN.

Lo que voy a relatarles sucedió hace algún tiempo, podríamos decir que es un recuerdo del futuro, ya que la historia comienza en el año 2060, cuando el mundo había alcanzado un alto grado de desarrollo humano; ahora bien, no sé si podría calificarse que se logró un gran avance social o fue una degradación individual en beneficio del bien común. No me toca a mí juzgar lo que pasó, me limitaré a contarles la historia del hombre que perdió la capacidad de diferenciar entre el bien y mal, entre lo blanco y lo negro; no lograba entender la diferencia entre las clases sociales, para él no existía el contraste entre ricos y pobres; no creía en la belleza, por lo tanto, tampoco había fealdad; las carencias y las opulencias no le significaban nada. Era un hombre que vivía aunque decía que estar vivo era como no existir, y la no existencia no representaba que estuviera muerto. No es que confundiera entre los antagonismos de las cosas y de los sucesos y que su mente estuviera trastornada. No. Era simplemente que... Más bien les contaré la historia para que ustedes mismos saquen sus propias conclusiones. Advertiré, para que no sientan defraudados al final: No es una historia fantástica, es sólo una historia que

nos deja ver que entre el amor y la pobreza hay hilos que jamás lograremos romper... pero siempre existirán...

1. Maquel y las manzanas.

Corría el año del 2115, y el hombre, que se llamaba Maquel, recorría los campos de su ciudad natal. Ahora, déjenme decirles que a este hombre jamás le importó su nombre. No le importaba cómo le llamen, le gustaba que le digan “buen hombre”, pero pocos, muy pocos así lo reconocían. A todos aquellos que le convocaban por su nombre de pila, Maquel, no les prestaba atención, en cambio, cuando se paraban frente a él, mirándole a los ojos, lograban sacarle una animada conversación. Así era él. Ah! Me olvido declararles que tampoco le importaba el lugar de nacimiento. ¿Para qué nos sirve?, solía reprochar a los entes burocráticos encargados de registrar la fecha, nombre y lugar de nacimiento de la gente. No les menciono la edad porque no se sabía la fecha de cuándo había nacido, sólo sé que era un hombre de mediana estatura, ojos negros como el carbón, y su piel era lisa con sólo algunas arrugas leves en la comisura de los labios, podía decirse que superaba los treinta años de edad. No obstante, puedo estar equivocado. Los otros rasgos físicos, nada sobresalientes, eran de un hombre común y corriente de dicha edad. Lo que le caracterizaba era su humildad y sus escasas pertenencias. Muchos podrían decir que era un hombre pobre. Un hombre

pobre. Sin embargo a él eso le importaba un mísero camino...

Pues bien, Maquel, de pronto sintió hambre, claro, el hambre que nosotros lo conocemos como las sensaciones de vacío en el estómago, la excesiva salivación y un desmayo de nuestras fuerzas. Para Maquel este tipo de síntomas era por una carencia de alimentos en su cuerpo; él decía que el hambre era otra cosa: él opinaba que sentir hambre de verdad era no haber alcanzado los sueños de su niñez, o porque el mundo no lograba entender lo que él consideraba justicia, o bien porque aún veía ancianos solos en sus casas y niños abandonados en los orfanatos. En esa época la pobreza material se había eliminado, sin embargo, mucha gente tenía pobreza de espíritu: poblaciones enteras que no leían nunca, gentes a quienes no le gustaban las artes, y por eso, él decía que: aquellas personas había perdido la sensación del hambre porque sus barrigas estaban llenas de materialismo.

Retomando la historia. Cuando Maquel caminaba por las calles de su pueblo entró a una finca llena de manzanales. Tomó la que su cuerpo podría consumir y salió de la huerta. No se percató que en la cerca estaba el propietario de los árboles, éste le detuvo exigiéndole que le devuelva las manzanas

tomadas. Para Maquel, sólo para él, no existía la propiedad privada. Así que no entendió por qué el dueño le exigía la devolución de la fruta. Entonces empezaron una larga discusión, que de no ser por la intervención de un amable y generoso vecino, que conocía a Maquel, la cosa hubiera ido a parar a los juzgados con no sé sabe qué graves consecuencias.

- Entrégame las manzanas que te has robado de mi huerto. – le increpó duramente el finquero mientras trataba de arrancarle, las olorosas frutas, de las manos del Maquel. En tanto, los frutos ya estaban siendo mordisqueados por nuestro buen amigo.
- ¡¿Suyos?! –Le preguntó con asombro.
- Claro. Son míos. El terreno en el cual están sembrados los árboles me pertenece. A los manzanales los planté hace mucho tiempo, los cuidé, los regué, les aboné... Todo el huerto es mío.
- ¿El aire es suyo? –Preguntó Maquel.
- No. El aire no es mío. – Respondió, y le pregunto a su vez -: ¿Qué tiene que ver el aire con las manzanas...?
- Pues, sin aire los árboles no hubieran nacido... -Y antes de que el finquero pueda objetar su respuesta le

lanzó otra pregunta:- ¿Acaso, mi buen amigo, también el sol le pertenece?

- Mire, señor... -El dueño comenzó a impacientarse. – El sol y el aire son de todos. No le pertenecen a nadie.
- Pero, sin ellos los árboles no hubieran crecido, florecido, y dado su fruto... Así que no todo lo que, usted, dice que le pertenece es suyo realmente. Me acaba de reprochar que el aire, el sol, la lluvia, el viento, le corresponde a todos... entonces parte de “sus” manzanas también son mías. He tomado las que me tocan. Ustedes quédese con las demás...
- ¡Se ha creído usted muy listo! – Le contestó el finquero cerrándole el paso para evitar que huyera del lugar.
- No. Sólo tengo la sensación de lo que ustedes llaman: hambre... Ésta necesidad me pertenece, no es suya, es mía porque es mi cuerpo el que me dice que debo alimentarlo.
- Umm... - El finquero se rascó la cabeza pensando en lo que acaba de escuchar. Miró a los ojos de Maquel que ya terminaba de comerse una manzana haciendo mucho ruido al mordisquearla. Entonces, pensó: “Este

tipo es un loco, por lo que, debo responderle con otra locura” –Mire buen hombre, usted dice que no todas las manzanas me pertenecen porque para su crecimiento se ha requerido del aire, del sol... y que, además, usted siente el hambre que le pertenece, pero lo que acaba de hacer es un robo. El robo es apropiarse de un bien que no le pertenece, y justamente las manzanas que usted ha tomado son las que estuvieron reservadas para saciar el hambre de mi hijos. Así que usted les está privando de ese derecho...

- Bien dice mi buen amigo, el hambre es un derecho de todos... ¡qué digo!, alimentarse es un derecho de todos.
- Pues, entonces, siembre sus propios árboles de manzanas. Y cuando den sus frutos coma de ellos. –Le dijo, victorioso, el finquero.
- ¿Pero dónde los voy a sembrar? No tengo terrenos y no tengo las semillas...
- Lo que pasa es que usted caballero es un redomado vago y un sinvergüenza...

- ¡No le permito que me insulte! Le ruego que mida sus palabras, usted será dueño de su boca pero yo soy el dueño de mis oídos... No estoy obligado a escuchar lo que, usted, dice...
- Pero usted no está obligado a comer lo que yo he sembrado...
- Y usted no tiene el derecho a quitarme el sol que me pertenece...
- Y usted a robarse las manzanas de mis hijos...
- Y usted a matarme de hambre...

La discusión, como les he contado, hubiera llegado a mayores, pero en eso apareció un vecino muy reconocido por su don de reconciliar peleas, apagar pleitos y sobre todo por su generosidad. Preguntó al dueño de la huerta cuánto costaban las manzanas que se había comido Maquel muy dispuesto a pagar el “daño” ocasionado. Sacó de su cartera un manojo de billetes que hizo brillar los ojos del finquero. Cuando estaba a punto entregarle, Maquel tomó de la mano del benefactor evitando que los pesos cambiaran de dueño. El propietario de las manzanas se enfureció y empujó a Maquel, quien estuvo a

punto de venirse al suelo. En el breve instante que le tomó a Maquel alcanzar el equilibrio el vecino entregó los billetes al finquero. Maquel, grito enojado:

- ¡Cómo se atreve a tomar unos billetes que no le corresponden!
- Es el precio de las manzanas que usted se ha comido.
– Intervino el vecino tratando de apaciguar la furia de Maquel.
- Pero el dinero que usted tuvo, y digo: “tuvo”, porque ahora están en las manos de este vil estafador, -lo dijo mirando al finquero- es el fruto de su trabajo... Bueno, así lo creo. O, ¿usted, también, se ha robado los billetes?
- ¡No puedo creer que me esté inculcando de algo que no he cometido!
- Pero usted está dando un dinero por algo que no hemos cogido. Por algo que este señor –otra vez miró con enojo al finquero- dice que me he robado. Si estamos pagando por algo robado, quiere decir que los billetes fueron obtenidos fraudulentamente... Ade-

más, al pagar con su dinero usted está dejando de adquirir bienes que sus hijos pueden necesitar...

- Pero a usted no le importa lo que yo hubiera adquirido con esos billetes... Yo hago con lo que es mío lo que a mí mejor me parece...
- Eso está bien... Creo que está bien. Pues yo, también, con mis manzanas que me pertenecen del huerto me las he comido... Las otras manzanas el finquero hará lo que él ha bien le parezca... dará a sus hijos o irá al mercado a venderlas, o regalarlas... o dejará que se pudran en el árbol... Yo he tomado las mías y no hay porque pagarlas...
- Otra vez el burro al trigo... -comentó el finquero, contando los billetes.
- Y otra vez el avaro a sus divisas...
- No te quedas callado en nada... -le increpó el vecino.

Esta vez Maquel guardó silencio. El vecino se alejó contento por haber solucionado un conflicto más y el finquero entró en su huerto muy feliz de haber ganado un dinero que no lo tenía pensado. Maquel viéndose solo también empezó a ca-

minar pensando en eso del dinero... de la propiedad privada y de las necesidades de los hombres... Estaba confundido. No entendía nada.

2. Maquel y un perro.

Luego de haber saboreado las dos exquisitas manzanas que había tomado del huerto ajeno, Maquel se dirigió hacia el centro del pueblo, pues, tenía en mente realizar algunas investigaciones sobre qué se entendía por el destino, la predestinación, los azares de la vida, deseaba saber qué situaciones influían para que la vida sea diferente en cada uno de los seres vivientes. Al pasar frente a una casa -con su fachada enlucida y pintada de colores vistosos, con los terminados de alto costo: ventanas con marcos de aluminio, vidrios cobreados y el entechado con teja vidriada- supuso que pertenecería a un habitante de medianos recursos. En el momento de cruzar la puerta de acceso a la vivienda un perro, negro como el carbón, brincó contra la baranda ladrando enfurecido. Maquel sobresaltado por lo imprevisto del gruñido saltó al borde de la vereda y lo quedó mirando. El perro sabiendo que no lograría salvar el obstáculo regresó cabizbajo a su sitio. El dueño del perro, al escuchar los ladridos, se asomó al umbral de la puer-

ta y tranquilizó al can; éste sumiso movió su cola y se acomodó en su puesto. El hombre, previendo que su animal tendría hambre, trajo en sus manos un pozuelo, lleno a rebosar, de alimento para su fiel amigo. El animal habituado a este menester se levantó de su sitio, caminó lentamente a la bandeja y comenzó a devorar su comida. En el momento en que el perro casero se deleitaba con su alimento, cruzó por el otro lado de la calle otro perro, -este presentaba un aspecto bastante lastimero: estaba flaco y se le podían contar una a una sus costillas que sobresalían de su famélico vientre, su pelaje amarillo con franjas blancas estaban sucio y opaco- que por su manera de caminar: lento y decaído, parecía que llevaba varios días sin probar bocado. Maquel quedó desconcertado. Pensó en lo injusto que puede ser la vida para unos y para otros. Recapitó: Es muy probable que la diferente situación en la que vivían los dos perros no estaba tipificada en ninguna ley, entonces, se dijo, mal se podría tratar de justicia o injusticia. Aun así, se repreguntó: ¿Será cuestión de la justicia? ¿De la formalizada por los hombres? ¿De la impuesta por la divinidad? Siendo que Maquel poco entendía o no lograba diferenciar entre lo que puede ser justo o injusto, y tampoco comprendía el límite entre los asuntos terrenales y los divinos, su-

puso que, lo que estaba viviendo era normal en el mundo de los vivos. No quiso gastar sus neuronas en cuestionar cuál era motivo por el cual los dos canes tenían desigual suerte. ¿Qué podría ser? Tal vez, pensó, en el transcurso del día o de su vida pueda descifrar éste enigma. Y se alejó del lugar.

Cavilando en este tema observó a un caballero que salía de la tienda de abarrotes con varios bolsos repletos de víveres. Inmediatamente, un niño rebuscó en sus bolsillos algunas monedas. Cuando creyó que tenía lo justo entró al recinto y solicitó su fiambre. El dependiente, un señor que nunca perdonó un medio real a los vecinos y jamás dio nada, y a nadie, fiado cosa alguna de su establecimiento, le reprochó al inocente el atrevimiento de pedir su golosina sin contar con el suficiente dinero. El jovenzuelo salió del comercio hurgando en el interior de su pantalón por si en algún escondrijo de las costuras habíase extraviado el centavo faltante.

Por sólo un centavo el chico se quedó sin su almuerzo. ¿Cuánto puede valer un centavo? Maquel vio alejarse al muchacho, reprochándose así mismo ya que él tampoco podía hacer nada para remediar el asunto. No tenía ni un calé en su bolsa. Cuando estuvo a punto de cruzar la avenida para ingresar a la biblioteca, cambió de opinión diciéndose que lo que

quería conocer no debía encontrarse en ningún libro sino en la vida misma, entonces retomó otra dirección, y fue al parque; allí observó nuevamente al perro amarillo con las franjas blancas reunido con otros perros callejeros persiguiendo, en grupo, a una perrita en celo. Hacia donde ella caminaba los otros le seguían olisqueando su parte trasera; parecía que ella aún no se decidía con quién tener su prole, pero más bien se evidenciaba que ninguno de los pretendientes lograba cumplir las cualidades de sus exigentes gustos: amante fiel y suplidor de las cosas de la casa y de la mesa. Maquel quedose mirando el comportamiento de los canes y encontró cierta similitud con la actuación del ser humano. Qué hacía que los procederes sean similares, se preguntó. ¿Preservación de la especie? ¿Amor? ¿Satisfacción de necesidades? Qué importaba. En el mundo seguirá creciendo la población y sus necesidades: unos tendrán continuamente lo que a otros siempre les faltara. ¿Por qué? Nadie lo sabe, pensó.

Hubo una vez un hombre muy sabio que exclamó: ¡En el mundo siempre habrá pobres! Ahora bien, no sé si fue una profecía o una maldición. Como el hombre que lo dijo ha sido considerado dios, la frase se lo ha tomado e interpretado al pie de letra como una predicción; una predicción que perjudi-

ca el vivir de miles de millones de personas, y quién sabe esté siendo utilizada por los favorecidos para justificar sus privilegios. Maquel que no lograba diferenciar qué se alcanzaba con una bendición o con una condenación, veía al mundo discurrir entre éstos dos senderos de profundas desigualdades que, lamentablemente, se ahondaban día a día. Veía, así mismo que, de rato en rato, salía a flote alguna cabeza iluminada gritando a voz en cuello se nivele tanta inequidad. Pero la inercia de miles y miles de años de la misma historia hacía que la fuerte corriente los arrastrara y los ahogara en el mar de la indiferencia. Maquel no entendía.

Es la vida de la humanidad, se dijo; sin embargo, caviló: ¿Así debe seguir? ¿Quién la puede cambiar? No encontró una respuesta. Un tanto desilusionado desvió su ruta y fue a dar a un gran salón de fiestas, quiso pasar de largo, pero meditó que podría ser una buena oportunidad para conocer un poco más del comportamiento de la gente. Cuando quiso ingresar al recinto fue interceptado por los guardias que estaban apostados a los costados de la puerta de ingreso. Haciendo gala de su poder de convencimiento, logró que los gendarmes hicieran una excepción con Maquel. Cuando ingresó al local sus ojos no podían dar crédito a que lo miraban.

3. Maquel en el salón de fiesta.

Cuando Maquel ingresó al salón de fiesta esperó encontrar a muchas beldades, todas vestidas elegantemente, aguardando nerviosas y ansiosas a que se inicie el evento de elección de la más hermosa. Pero no. El recinto se encontraba lleno de muchos caballeros y algunas mujeres en trajes informales. Sin embargo, todos eran personas muy importantes de la sociedad. Dentro de la concurrencia estaban diplomáticos, embajadores, políticos, poderosos empresarios, militares de alto rango, negociantes de armas y religiosos. Se preguntarán cómo Maquel supo identificar las cualidades de los presentes, no diré que la respuesta es difícil, pues, sólo le bastó escuchar lo que cada uno conversaba. Cada individuo emitía su punto de vista sobre el próximo evento que debía darse un pocos días más adelante. Este acontecimiento revestía de gran importancia porque del mismo dependía la supervivencia de los seres humanos y de la existencia del planeta.

El representante de los diplomáticos, haciendo gala de gran verbo, exponía que la situación podía manejarse de manera sutil si empleaban los medios de comunicación masiva de las redes sociales de manera gradual e insistente. La cues-

tión estaba en difundir persistentemente imágenes que hagan ver a la población los beneficios que supondría combatir las inequidades sociales. El jefe de este grupo mostraba cuadros tridimensionales en los cuales se observaba a las personas viviendo en cómodas habitaciones rodeadas de todo cuanto se consideraba indispensable para una residencia feliz. Las habitaciones estaban localizadas en enormes edificios construidos para albergar a miles de ciudadanos. Los centros de abastos de alimentos, de medicinas, de vestimenta, de artículos de lujo, y de todo lo necesario para una subsistencia cómoda se encontraban en cada uno de los pisos de las gigantescas construcciones, por lo que la gente no precisaba salir a la calles para conseguir estos artículos. Como ya no necesitaremos de tantos vehículos, dijo, lograremos reducir a casi cero la contaminación ambiental. Pero para que mundo viva así, prosiguió, se requiere del consenso de los presentes para eliminar la pobreza; eliminando a los pobres acabaremos con la pobreza, concluyó. Dejó estática, en la pantalla, una última fotografía en la cual se veía la vida de los humanos desenvolviéndose con mucha tranquilidad luego de haber eliminado sutilmente a todos los pobres del mundo.

Esta aparente tranquilidad contagió a los políticos que, ni bien el conferenciante terminó su disertación, su director se adelantó al micrófono y comenzó su discurso. Muy interesante la disertación, comenzó diciendo mientras miraba de soslayo al diplomático, pero, ¿qué haremos con tantos muertos? Considero que la solución planteada puede resultar peor que la enfermedad, así que nuestro grupo ha venido cavilando durante mucho tiempo en cómo hacer frente a los males que aquejan al mundo con soluciones políticas. En primer término debemos crear un conjunto de leyes que prohíban a la gente ser pobre. Estas leyes deben ir acompañadas de reglamentos con cláusulas rigurosas que regulen la pobreza y, por supuesto, debe contemplar sanciones económicas y elevadas multas a quienes osen ser pobres. Los recursos obtenidos, como ustedes se darán cuenta, dijo observando a los ojos de los asistentes en los que se prendía el signo de los billetes, serán millonarios por la gran cantidad de gente que nunca podrá cumplir estas leyes. Con estos dineros, continuó orgulloso de su propuesta, los ricos seremos más ricos, los pobres más pobres y nunca nos harán falta capitales para combatir la pobreza. Lo importante de las leyes no está en mejorar la condi-

ción de vida de la gente, sino en generar riqueza en función del trabajo de los pobres.

Maquel que escuchaba atentamente las ponencias no comprendía de qué pobres hablaban. ¿Qué es ser pobre?, se preguntaba cada vez que oía la palabra “pobre”. En su mente repitió varias veces la palabra y le sonó vacía, carente de algún significado. ¿Pobre? Justo en ese momento, una hermosa chica pasó por su lado llevando una bandeja de exquisitos licores y deliciosos bocaditos y le sacó del ensimismamiento. Antes de que la muchacha le ofreciera algo, él tomó una copa y se atiborró de varias frituras. Los presentes miraron por un instante al extraño visitante, y cuando ya tenían sus bocas llenas se despreocuparon de él y continuaron en sus conversaciones. A muchos escuchó decir: Estoy de acuerdo con eliminar la pobreza por decreto... Otros de por allá manifestaban que la solución para la pobreza del mundo era eliminar a los pobre y que no importaba si lo hacían por decreto o por bala. Carraspeando un empresario de alto vuelo llamó la atención de los asistentes y enseguida le prestaron atención a lo que tenía que decir.

Miren caballeros, habló con suavidad como reconciliándose ante la amante luego de haberle sido infiel, la pobre-

za no se podrá eliminar si la producción no se incrementa hasta alcanzar los niveles poblacionales y logremos tener el mismo ritmo creciente de la explosión demográfica. -Nadie sabía a dónde quería llegar, pero continuaron atentos a sus palabras-. No es una cuestión de economía ni de sesudos estudios, prosiguió, para darnos cuenta que si la producción no alcanza a cubrir las necesidades de la gente mal podemos hablar de combatir la pobreza. Nuestro grupo también ha analizado la problemática y hemos considerado que incrementando el volumen de ventas, elevando el consumismo podremos obtener grandes riquezas para redistribuirla entre los pobres. ¿Cómo me dirán ustedes? Pues, en primera instancia debemos bajar hasta, en un futuro cercano, eliminar los altos tributos gubernamentales, al bajar los niveles impositivos del Estado disminuirémos la pesada masa burocrática. Una vez cumplida esta meta nuestras finanzas mejoraran y con los remanentes, recalcó la última palabra: remanente, de recursos podremos ofrecer altas cuotas de dinero a las señoras de la caridad, a las teletones en navidad, a las fundaciones de beneficencia social, a los orfanatos, a los centros geriátricos, a la iglesia, para que reparta el sobrante dinero, de nuestra espumosa riqueza, entre los pobres. La lógica no pide fuerza, se-

ñores, mientras más altas nuestras riqueza más tendríamos para repartir a los pobres. Victorioso de su intervención alzó su copa y brindó por el incremento de sus fortunas en favor de los menesterosos.

¡Caballeros! ¡Caballeros! Alzó la voz uno de los presentes. A la distancia, por su apariencia imponente y su cabeza rapada, se denotaba que pertenecía a la clase militar. Sin bajar el tono de su voz, expuso: ¡Dejémonos de tanta fanfarronería! Nada de sutilezas, de leyes, y de producciones masivas, todo esto se resuelve con una guerra. Me perdonan los señores diplomáticos, políticos y empresarios, pero si nos dejan a nosotros gobernar el mundo, les garantizo que, en menos de una semana, el planeta estará libre de pobres y la pobreza dejará de ser una realidad para convertirse en una leyenda del pasado. Estoy de acuerdo en que la pobreza se acaba eliminando a los pobres, pero nosotros lo podemos efectivizar en un tiempo menor de lo que canta un gallo. Nuestra clase, y nuestro grupo élite de inteligencia militar, también investigaron el tema. Históricamente, todos los problemas sociales, e incluso los más triviales como el de cambiar un gobernante de alguna nación revoltosa, se ha combatido con las armas. Sí señores, continuó en su discurso, con las armas y derramando mucha

sangre. Todo se limpia con sangre. Recuerden, señoras y señores, la historia, nuestra gloriosa historia de la humanidad ha estado rodeada de circunstancias marciales. Si queremos eliminar una raza: guerra; si queremos erradicar una ideología: guerra; si queremos destruir una religión: guerra; si queremos conquistar las riquezas ajenas: guerra; si gobernar un país: guerra. Todo se resuelva con la guerra señores. Nosotros tenemos las armas y nosotros podemos eliminar a los pobres. Nosotros no estamos con medias tintas, nuestras estrategias son eficaces y contamos con tácticas infalibles. Si ustedes requieren nuestros servicios, estamos a sus órdenes... Concluyó.

Maquel que no diferenciaba entre lo qué es la guerra y lo qué es la paz quedose confundido. Se desatendió de los presentes y fue a pararse a una esquina esperando que pronto pasase por su lado la chica de minifalda con la bandeja de refrigerios. La vio al frente y fue decidido a buscarse su parte. Mientras avanzaba fue meditando: Si en la paz la gente sufre por al hambre y en la guerra mueren por las balas, ¿podríamos en la paz saciarnos de las balas y en la guerra vivir sin hambre? Mientras saboreaba unos canapés deliciosos observó a un grupo de señores que se frotaban las manos y les cho-

rreaba las babas por la comisura de sus labios. Supuso que se limpiaban las migajas dejadas por los bocadillos, por lo que hizo señas a la chiquilla para que les entregara unas servilletas. Esta se sonrojó y esquivó la mirada persistente de Maquel; (pobre niña: pensó que el caballero no invitado le estaba haciendo una propuesta indecente; así que, sin obedecer el pedido se alejó del lugar). Entonces fue el mismo quien se aproximó a ofrecer su pañuelo. Cuando se acercó, les escuchó decir: La paz es un fastidio y los pobres nos matan de hambre, si nuestros aliados logran convencerlos para que la comunidad mundial acepten provocar otra confrontación bélica estaremos salvados de nuestro voraz apetito de dinero. Nuestro arsenal está lleno de juegos pirotécnicos para que el sol brille en la noche y la oscuridad reine en el día. ¡Qué más quieren!, estamos en oferta, con rebajas de hasta el ciento por ciento, armas gratis, muertes gratis, destrucción gratis..., redimimos al mundo de la pobreza y en la reconstrucción de las ciudades creamos trabajo para los pobres que han logrado sobrevivir; nosotros nos saciamos del hambre de matar y la fiesta puede continuar en paz. Todos los del grupo se rieron a carcajadas. Maquel los miró extrañado. Guardó el trapo en el bolsillo de

su chaqueta, y pensó para sí: ¡Qué se vayan a reír de otro tonto! Y se alejó de allí.

Un señor con el rostro lampiño y el pelo cano se subió a una silla y alzando las manos al cielo desesperadamente gritó a voz en cuello: ¡Por qué queréis acabar con el mundo, señores! ¿No sabéis acaso que ellos sostienen a la sociedad? ¿Quiénes os lustrarán los zapatos? Díganme, señores: ¿quiénes limpiarán las calles? ¿Quiénes lavarán sus lujosos carros? ¿Quiénes prepararán su comida? ¿Quiénes harán los mandados? ¿Quiénes contarán sus billetes? ¿Quiénes cuidarán sus mascotas? ¿Quiénes construirán las carreteras? ¿Quiénes velarán por la salud de vuestros hijos? ¿Quiénes construirán las grandiosas mansiones? ¡No se dan cuenta, acaso que todo lo hace el pueblo...! Por eso, nuestro Señor, alabado sea por siempre, nos prometió que nunca nos faltarían los pobres... Ustedes caballeros: son una tarea de mal agradecidos, malos hijos de dios... Ellos están para servirnos con el pan de la mañana y la cama en la noche... Él nos dio su palabra para siempre tenerlos, ¿para qué? Díganme señores, ¿para qué? Pues para que nos sirvan, ¿a quiénes?, a todos nosotros... Y, ¿ustedes qué piensan hacer con ellos? ¿Desaparecerlos? ¿Condenarlos para que se eliminen? ¿Matarlos? ¡No señores!

Ellos están aquí por la gracia bendita de Nuestro Señor. Él nos prometió y lo está cumpliendo por los siglos de los siglos. Nunca nos han faltado pobres. ¡Gracias Señor! ¡Debemos elevar plegarias a los cielos! Agradecer que ni un solo día, ni un solo año, ni un solo siglo nos hayan faltado. ¡Bendito sea el Señor! ¡Alabado sea por permitir que siempre existan los pobres!

Terminado su breve discurso, descendió de la banqueta todo sudoroso. Maquel aprovechó para brindarle su pañuelo para que se limpie las gotas negras que chorreaban por su rostro. Los presentes quedaron estupefactos viendo ese acto de caridad y guardaron profundo silencio. Poco a poco se levantó un murmullo comentando las palabras del prelado. No pasó mucho tiempo y comenzaron álgidas discusiones entre todos los asistentes. Este acontecimiento fue aprovechado por Maquel para salir del lugar.

Cuando estuvo en el patio vio acercarse a una bella joven con una rosa en sus manos.

4. Maquel se enamora.

La joven apenas le vio a Maquel, pasó de largo; era una persona muy insignificante como para llamar su atención. Sin

embargo, él no dejó pasar la oportunidad para revolver su mirada y embriagarse de la exquisita belleza de la chica. En el breve lapso de tiempo que vivió el momento y se cruzaron en el camino pudo ver unos ojos café claros que guardaban alguna melancolía o tristeza por algún amor no correspondido, y mucha esperanza de llegar a ser feliz con la persona de sus sueños infantiles; la tez blanca de su rostro reflejaba que había pasado mucho tiempo sin asomarse al sol; su cara presentaba un ligero maquillaje pretendiendo no llamar la atención de los altos personajes que se encontraba reunidos en la sala de fiestas. Con la cabeza girada Maquel fijó la mirada en su caminar y le pareció que sus pasos no llegaban al suelo, que volaba con movimientos tiernos y escurridizos. Su pelo marrón, lacio, suelto y largo iba la vaivén de sus movimientos, y el con-toneo de sus caderas lo enloquecieron. ¿Sería la chica que iba en el auto militar?, se preguntó Maquel.

Siempre había pensado que esto del amor era una locura que algún desocupado había inventado para las personas faltas de raciocinio y carentes de algún atisbo de inteligencia. Pero no. Ese día, todo en él se trastornó, fue como si una espina se le hubiese clavado en su corazón y su mente. Sintió su suave dolor y cosquilleo. Sabía que le bastaba desviar la mira-

da para olvidar la figura que le hipnotizaba. No obstante, se quedó estático en medio de la platea hasta que la chica se perdió de vista tras la puerta de ingreso al salón. Cuando Maquel se encaminó a la salida del recinto ya la imagen de la muchacha se le había grabado indeleblemente en su corazón. Se preguntó: ¿Estaré enamorado? Desde ese momento el perfil de la chica no salió de su mente. A cada instante del día estuvo pensando en ella. No existía acontecimiento, cosa o persona que sustituyera a la mirada dulce de sus ojos cafés, ni lugar recóndito que reemplace su larga y brillante cabellera, tampoco idea que logre sacar de su mente el cuerpo grácil y cimbreante de aquella mujer.

Antes de conciliar el sueño pensaba en ella. Imaginábase tomar su mano y caminar juntos por las calles desoladas y avenidas atestadas de la ciudad; sentía a su brazo envolver la delicada cintura y se levita al cielo; y soñaba que, mientras le acariciaba la redondez de su cadera le iba susurrando palabras bellas plagiadas a los mejores poetas de la época. Suspiraba creyendo que llegaría el día en que su tosco cuero rozaría su tersa piel. ¡Muchas noches quedose en vela anhelando todas las caricias que recibiría cuando ella fuera su novia! En las mañanas, cuando recorría por las aceras veía la ca-

ra de su amada en todas las chicas que pasaban por su lado. Ya no hacía otra cosa que idealizar los momentos en que la volviera a encontrar. Pero en lugar de alejarse de sus meditaciones mundanas, pensar en ella le incentivaba a dedicarse con mayor ahínco en sus quehaceres. Todo lo que hacía estaba dirigido a motivarse y a demostrar que todo lo que concebía era sólo por, y para, ella. Ninguna actividad, por más empeño que pusiera, lograba sacarla de su mente: mientras bebía la veía en el brillo de las gotas frescas del agua, mientras comía la sentía en el sabor profundo de las alubias y el arroz, en las dulces fresas y manzanas, en las jugosas mandarinas y sandías. Si miraba al cielo divisaba su figura en las nubes, si el viento soplaba era ella quien le hablaba; si llovía eran sus ojos los que lloraban; si fijaba la vista en el horizonte y observaba las montañas eran las curvas su cuerpo las que miraba. Cada sonido del bosque, cada murmullo del río era la suave voz que le llamaba. En todo lo que veía, tocaba, olía, escuchaba o degustaba era ella. El mundo entero estaba impregnado de su presencia. Lo volvía loco, pero con una locura que le causaba placer y ansiedad. Anhelaba volverla a encontrar y se prometía buscarla en los más recónditos lugares del pueblo poniendo en cada mirada una pasión desenfrenada. Cuando avanzó

hasta el final del camino que cruzaba el bosque aceptó que lo que sentía no era amor, lo que le había desquiciado era la pasión, lo que guardaba su cuerpo era un ímpetu febril y descontrolado, y se dijo: estoy enamorado.

Qué lo había llevado a sentirse así, no logró explicarse. Por qué ese afán de verla, por qué quería tocarla y por qué deseaba estar con ella, se cuestionó, era un sentimiento que nadie lo entendería, que nadie lograría comprenderlo. Con volverla a ver una vez más su cuerpo se tranquilizaría y su mente y corazón de sosegaría. Qué lo hacía sentirse así. ¿Acaso la naturaleza humana actuaba en él para preservar la vida de las gentes? ¿Acaso lo que su cuerpo deseaba era satisfacer alguna necesidad biológica? ¿Era sólo el deseo carnal lo que le hacía percibir que ella tenía el cuerpo más bello de todas las mujeres? No. Se dijo que no. Que él no deseaba ninguna relación sexual con ella. Pero pensaba en besarla sus carnosos y suaves labios y en acariciar la redondez de sus senos erguidos, en unirse a ella en noches eternas de amor y consumir su excitación a gajos.

Miró a un gorrioncillo cantando alegremente en el filo de una enrama. Era un pajarito llamando a su amada. Parecía que había encontrado la solución. Decidido se encaminó nue-

vamente al salón de fiestas y esperó, por el resto de la tarde parado muy cerca de la puerta, hasta que cayeron las sombras de la noche. Sin embargo, no salió nadie. El salón se encontraba vacío. Cuando partió del lugar se resignó a no verla en ese día, pero se juró regresar todas las mañanas hasta encontrarla.

Y así fue. Durante un mes, todas las mañanas desde mucho antes de que el sol dé sus primeros rayos de luz se dirigía a las puertas del salón de fiestas con la esperanza de verla en algún momento. Cuando creyó que nunca llegaría y ya su corazón y pasión se enfriaban, la miró llegar. La sangre en sus venas volvió a fluir con furia e invadió a todo su cuerpo unos calores insospechados y nunca experimentados. Sus manos sudaron. La vista se le nubló y sus piernas comenzaron a temblarle. Era ahora o nunca. Debía armarse de valor y acercarse a la chica. Sin embargo, ¿cómo hacerlo si sus miembros no respondían a sus anhelos? Su mente decía sí, pero su organismo estaba paralizado. La chica se encontraba a unos pocos pasos de él. Miró sus bellos ojos y cuando quiso saludarla su lengua se enredó y su mente se ofuscó. La hermosa joven pasó de largo sin mirarle. Embobado, atontado y ridículamente paralizado en medio de la acera observó a la chica alejarse de

lugar. Su corazón bombeaba a mil por hora, parecía que se le saldría del pecho, que se le reventaría en infinitos pedazos y que su sangre bañaría el salón de fiestas, inundaría la ciudad y el bosque se teñiría de rojo; que todo el amor guardado lograría escaparse de su aprisionada cárcel de pasión y volaría para empapar a su amada. Ya llegará otro día en que vuelva a verla, se dijo cuando ya la chica se perdió tras las puertas del salón.

Y regresó a sus meditaciones y cavilaciones sobre la vida. ¿Llamad a esto vida?, se preguntó. Para mí no verla me parece la muerte, pues, que me llegue la muerte si paso por esta vida sin quererla.

5. Maquel conversa en el parque.

Pensando en la muchacha joven se encaminó al parque del pueblo. Quería estar a solas un momento para recapacitar sobre sus sentimientos desbocados. ¿Era amor lo que sentía? No esperaba poder controlarlos pero sí deseaba ordenarlos para que estos sean efectivos y den los frutos anhelados. Al sentarse en una de las banquetas ubicadas alrededor del monumento central vio a varias personas de edad madura que, callados, miraban a la gente pasar. No sabría decir si se callaron por el aspecto desmañado del recién llegado o ya estuvie-

ron así por algún tiempo. No importa. Maquel saludó a los asistentes y se acomodó junto a ellos con la firme esperanza de que su presencia no fuera inoportuna. Los ancianos le devolvieron el saludo inclinado levemente sus cabezas y cuando notaron que el recién llegado parecía una persona inofensiva reanudaron en sus conversaciones. El tema principal de la plática giraba alrededor de las enfermedades, sobre las continuas visitas al médico y las dolencias diarias que debían padecer. Uno de ellos comentó sobre la muerte reciente de su vecino y eso, decía, que contaba con algunos años menor a él.

- Esperemos que el Señor lo tenga en su Gloria – respondió el que estaba sentado a su lado.
- Pero, ¿cómo podemos saber realmente que se ha ido para ese lugar? –intervino Maquel.

Los longevos lo miraron con extrañeza, y todos pensaron para sí en cómo, este tipo, se atrevía a interrumpir la conversación y preguntar semejante simpleza. Uno de ellos, quien estaba al lado derecho de Maquel, que denotaba cierto raciocinio en su plática, le dirigió la palabra con cierto enojo.

- Mire joven... Todos los que nos hemos portado bien, tal como nuestros principios éticos demandan, tenemos el derecho de gozar, después de esta vida, del Pa-

raíso... Los que han hecho caso omiso a las buenas costumbres y no se han sujetado a las leyes tendrán que pagar sus culpas y los males cometidos en el Infierno...

- Sí señor, pero nuestro destino dependerá de la Gracia del Todopoderoso... –agregó el primer anciano.

Todos movieron afirmativamente la cabeza y daban por sentado que sobre estas cosas no había mucha discusión. A lo más, lo que se podía contender era qué destino Dios escogería, o nos tenía preparado, a cada uno de los que fallecíamos. Pero, para ellos, estaba claro que luego de muertos tendríamos, inevitablemente, nuestro premio o nuestro castigo. No obstante para disfrutarla o sufrirla tendríamos que contar con una personalidad y una vida. Maquel pensó, guardando silencio un momento, sobre lo que estaban elucubrando, reflexionó que, tal vez su pregunta no fue bien formulada, entonces, dijo:

- No quiero contradecirles en sus creencias. Lo que yo quería saber es: ¿cómo podemos saber que luego de nuestra vida nos iremos a otro lugar? No importa si nos vamos al Cielo o al Infierno... o nos reencarne-

mos en otra vida, digo: ¿Cómo sabemos que tendremos vida después de ésta vida?

Quién parecía que pensaba con mayor lucidez y un tanto alejado de las creencias, le respondió:

- Pues, oiga mi joven: ¿somos o no diferentes de los animales?
- Mucho, pero depende de en qué nos comparemos – respondió Maquel-. Ellos también tiene su vida que no difiere en mucho con la de los seres humanos; sus órganos, por ejemplo, desempeñan iguales funciones que el de los humanos. Sólo tiene un cerebro menos desarrollado, pero su corazón, su hígado, sus riñones, y otros miembros, cumplen los mismos trabajos que lo hacen en nosotros...
- No me refiero a eso...
- ¿Entonces...?
- Ellos fueron creados sin alma y nosotros los humanos tenemos espíritu. Entonces cuando muramos nuestra esencia vivirá, en tanto que al morir los animales se les acaba toda su existencia... -El anciano, no queriendo perder la compostura, quedose un rato en silencio y

luego agregó:- ¿Su madre no le llevó a la Catequesis de la iglesia?

Maquel no quería responder a la pregunta. Contestar afirmativamente o negativamente no iba a solventar su cuestionamiento. Bajó la mirada al suelo y se convenció que de ellos no obtendría ninguna reflexión válida. Hoy tenemos una vida (sin importar las vicisitudes que nos toque pasar) que la llevamos adelante hasta el día en que nos llegue la muerte. ¿Luego qué? ¿Otra vida? Entonces, ¿la vida que tenemos es una especie de prueba, de examen, que nos permite seguir en la otra con premios o castigos? Alzó la vista y observó a los adultos que le miraban expectantes a su respuesta. Estaba dispuesto a contestarles con otra pregunta, pero se contuvo y la pregunta la volvió asertiva.

- Los animales no tienen alma, así dicen ustedes, entonces ellos no pasarán a *mejor vida*, ¿cierto? Las personas al tener espíritu, al morir, esa esencia, tendrá una nueva vida...
- Más o menos así... Los animales cuando mueren lo hacen para siempre, en tanto los individuos, las personas, cuando fallecen sólo es su cuerpo el que sucumbe, pero su alma queda viva para...

- ... ir al infierno o al cielo... -le interrumpió Maquel completando la frase-. Es decir que, ¿todas las personas contamos desde que nacemos con dos vidas: una, la presente, con un cuerpo; y otra, en el futuro, con el alma, pero ambas con la misma personalidad? En la vida que estamos gozando somos conscientes de lo que ocurre a nuestro alrededor y percibimos lo que nuestros sentidos distinguen... ¿En la otra vida también seremos conscientes del sufrimiento o de los dolores del infierno o de las delicias del cielo? ¿Seremos nosotros mismos los que padezcamos o nos deleitemos? ¿Cómo juzgará nuestra alma que lo que está sintiendo es dolor o felicidad? ¿Cómo...
- Pues eso sólo lo sabe Dios... -le cortó el anciano más religioso.
- Entonces, ¿Cómo sabremos que estamos en esos lugares?

Los ancianos se quedaron callados esperando que al que consideraban como el más sabio de los amigos respondiera al cuestionamiento. Este que estaba en el extremo de la banqueta se inclinó un tanto para ver a Maquel. Maquel hizo otro tanto y se cruzaron las miradas.

- Eso es un misterio... Pero es la FE la que nos dice que debemos creer que tal cosa sucederá luego de muertos. La Fe mueve montañas... Sólo debemos creer firmemente en lo que nos han enseñado nuestros padres y la Iglesia... Yo en su caso, creo que mejor le resultaría creer que eso va a ocurrir, no sea que una vez que usted muera se vea en serios conflictos por no haber creído...

¿Las creencias nos conducen a la verdad? La situación se iba ramificando a otras preguntas más peliagudas como la Fe y la Razón o si la Fe nos lleva a la Verdad aunque la Razón diga lo contrario. Tal vez entrar en esas reflexiones podría resultar bastante complicado explicarse y comprender para quienes estaban convencidos de que la única vía a la Verdad fuera la Fe. Decidió asentar sus pies y pensamientos en cosas más humanas y menos enmarañadas. Él que ya andaba bastante confundido con esto de la vida y de las otras vidas optó por realizar la siguiente meditación:

- ¿Por qué tememos tanto a la muerte si sabemos, mejor diré: creemos, que luego tendremos otra vida...? Desde los albores de la ciencia el ser humano ha buscado siempre la fuente de la eterna juventud. Queremos

siempre estar jóvenes... porque no queremos morir. Aunque no sé bien qué es ser joven y qué anciano, porque de todas maneras la probabilidad de morir es igual en todos... Todos vamos a morir, unos antes otros después. El número de los que vivimos es menor de los que ya han fallecido. Y todos los que estamos vivos algún día moriremos. Es más, todos los que vivirán en el futuro morirán después. ¿Hasta cuándo seguirá el mismo camino? Nadie lo sabe... Lo cierto es que a nadie nos resulta fácil aceptar la muerte. Sin embargo, la religión que predica que tendremos otra vida no ha logrado convencer a los feligreses que la debemos vivir intensamente porque es única...

- ¿Única?
- Pues, tanto si creemos o no en otra existencia, la vida que vivimos es única en su género. En esta vida prodigamos amor, y deseamos que nos brinden amor; damos y pedimos cariño, nuestros sentidos se satisfacen gozando de las delicias de la luz, del sol, del viento, de la lluvia, del sabor dulce de las naranjas, de la acidez del vino, de lo amargo de chocolate... Por el amor que profesamos a nuestros seres queridos deseamos tener-

los siempre a nuestro lado, y no es sólo por el egoísmo de no perder lo amado sino que deseamos que la persona amada también sea feliz a nuestro lado. ¿Es la desconfianza o la falta de fe por la que curamos a nuestros enfermos? ¿Es para que no sufra las dolencias? La ciencia ha buscado todas las fórmulas para mitigar ese dolor y prolongar la vida de los seres vivos...

- ¿Seres vivos? —inquirió el anciano sentado al lado de Maquel.
- De todos los seres... de las plantas, de los animales y la humana.
- Pero, ¿para qué queremos prologar la vida de las plantas y de los animales...? ¿Acaso las plantas sienten dolor? —intervino el primer anciano.
- Todas las vidas del planeta están ligadas por vínculos invisibles y la afectación de la defensa de unas vidas pone en riesgo la preservación de otras. Si las plantas mueren la vida en el planeta muere también. Lo que no estoy seguro es que, si la raza humana muere primero la vida continuará su existencia. Yo creo sí. Pero de que vale su existencia si nadie sabe que está viva, si

no hay conciencia de la existencia de la vida. Lo mismo pasa con la otra vida. No sirve de nada esa vida si no hay conciencia de su existencia. Y peor si esa existencia pierde la personalidad...

- Pura metafísica y charlatanería –dijo el más religioso.
- Para que la vida tenga validez tiene que haber conciencia... -continuó Maquel, pero los ancianos perdieron el interés en sus reflexiones. Se distrajeron, y su atención fue afectada por dos jóvenes que venían por la acera conversando animadamente.

Entonces, los dos muchachos se pararon en una esquina del parque, cercana a la banqueta, se tomaron de las manos y se dieron unas leves caricias en sus cabellos. Los ancianos vieron estupefactos la escena. Maquel desvió la mirada para observar qué había llamado la atención de los longevos y notó que uno de ellos deslizaba tiernamente su mano a la cintura del compañero.

Maquel notando el desinterés aguardó callado en su asiento.

6. Maquel se involucra en algunos conflictos.

Maquel había sido criado en un hogar en el cual las actividades entre los hombres y las mujeres estaban claramente diferenciadas. Su hermana se la pasaban en la cocina y los quehaceres del hogar; rara vez salía de la casa a no ser para ir al colegio y, siempre en compañía de su madre, al mercado. Desde antes de ingresar a la escuela su mamá y sus tías ya le había enseñado a tejer bufandas y a bordar manteles en punto de cruz. Sus padres esperaban poco de ella y no la alentaban a seguir estudios universitarios. Les bastaba con que aprendiera a preparar correctamente los alimentos, lavar y planchar la ropa, a zurcir medias y pijamas, y mantener limpias las habitaciones. A la chica le gustaba mucho las ciencias y las matemáticas y ella esperaba obtener un título en mecánica cuántica, pero esto enojaba mucho a su madre quien ansiaba que su hija pronto tuviera su novio y se casara aunque nunca le permitía ir sola a ninguna reunión de amigas y menos a divertirse en alguna fiesta si ésta se iba a prolongar más allá de las doce de la noche. Muchas veces se las oía discutir sobre este asunto. Su padre tuvo que intervenir en algunas ocasiones para evitar que las cosas devinieran a mayores. La relación entre madre e hija era tirante. Ella buscaba la liberación pero se acobardaba a la hora de tomar la decisión, no porque le falta-

ra valor sino porque no contaba con los recursos para vivir separada de sus padres. Esto no quería decir que no los amara: ellos eran su adoración, pero necesita su espacio, su propio aire.

En tanto, su hermano era el típico bueno para nada, salía y entraba de la casa a la hora que le daba la gana, tuvo que repetir algunos años para que lograra salir de la secundaria. A decir la verdad: terminó su bachillerato en el doble de años que lo hacía cualquier joven de su edad. No tenía intención de cursar ninguna carrera universitaria. Esto mantenía en vilo las esperanzas de sus padres de verlo hecho todo un hombre con título universitario, casa propia, automóvil del año y una hermosa mujer de esposa. Mucho había dependido de su crianza: siempre con la comida servida en la mesa, siempre con su cama tendida, y siempre con su ropa lavada, planchada y arreglada en el armario. Su padre cabreado de tanta vaguería le exigía, todos los días, que vaya por el taller para que ayudara en las tareas. Muy pocas veces fue, por lo que apenas pudo aprender una o dos cosas. Sus padres no sabían qué hacer, y él, tampoco.

Maquel fue diferente. Desde pequeño se comportó como un chico aplicado, obediente a los padres y muy orde-

nado en sus tareas. Todo cambió cuando egresó de la universidad y se le tostó el mate; empezó a divagar por todo el pueblo sin saber ni su nombre.

Este preámbulo es necesario, pues, deseo dejarles ver el entorno familiar en el que fue criado para entenderme mejor el siguiente acontecimiento que le tocó vivir.

Cuando los jóvenes caminando alegremente se alejaron del lugar, los adultos mayores empezaron a emitir varios comentarios sobre lo que acaban de observar. Maquel no esperaba que las ponencias fueran en defensa de los muchachos, sin embargo, a pesar de la época que les tocó vivir, hubo cierta cordura en las opiniones vertidas; por lo que se limitó a escucharlas sin dar cuenta de su sentir. Maquel pensó: <<¡Cómo intervenir o reprochar éste hecho si desconocía las diferencias entre los heterosexuales y los gay! ¿Cuál es el conflicto si son dos personas las que se amaban? ¿Por qué la condenación si lo único que hacen es quererse?>>

Maquel se retiró del lugar y cuando estuvo a cierta distancia escuchó que uno de los viejitos exclamaba: ¡Qué juventud! ¡Qué juventud! ¡A dónde iremos a parar...! ¡Todo está pervertido! ¡Dios creó a varón y hembra! ¡Estamos en los últimos días...! ¡Pronto llegará el Fin del Mundo!

No había caminado mucho cuando un chiquillo, de unos diez u once años, montado en su patineta pasó raudo delante de él. Faltó poco para que perdiera el equilibrio y cayera al suelo. El susto fue tremendo y una vez que se recompuso, gritó: ¡Muchacho malcriado, mira por dónde caminas! El jovencuelo no escuchó las palabras de reprensión y abandonó velozmente el sitio rodando su artefacto por la acera con varios quiebres acrobáticos por sobre los muros y banquetas del lugar. Por un instante lo perdió de vista, y un rato después ya estaba en medio de otros muchachos de la barriada disputándose el derecho de transitar libremente por las calles. Maquel desde su lugar, ubicado aproximadamente a unos ochenta metros del incidente, observó que la patineta volaba tras una cerca de alambres de púas mientras el muchacho era arrastrado a unos matorrales. ¿Qué sucedía...? Demoró un segundo en recapacitar y darse cuenta sobre lo que estaba ocurriendo. Giró su cabeza a todos los lados de la calle para ver algún transeúnte. No localizó a nadie. Los cuerpos, del chiquillo y los muchachos, habían desaparecido. Aguardó otro instante para escuchar algún llamado de auxilio. Nada. Aceleró el paso y procuró llegar con urgencia. Mientras caminaba se lamentó no poder volar y presentarse en el sitio en

ese mismo instante. El tiempo se hizo eterno y la distancia infinita. Cuando se asomó por sobre las matas vio al chiquillo con los pantalones bajo la cintura que lloraba con quejidos imperceptibles. Los otros muchachos se alejaban riéndose a carcajada suelta y desaparecían detrás de la casa del aserradero del pueblo. El muchacho viendo el rostro de Maquel se sintió avergonzado. Se acomodó sus pantalones, se incorporó y se alejó rápidamente del lugar mientras mascullaba: ¡Me las van a pagar...!

Maquel, desde su infancia, no había presenciado, que no sea la de él mismo, una vista de ojos. ¡Caramba! ¡Caramba! Las actitudes humanas a través del tiempo permanecen iguales, se dijo. Siguió caminando sin rumbo fijo. Mientras andaba se puso a divagar sobre el machismo imperante en la sociedad, sobre el feminismo, sobre los grupos de preferencias sexuales diferentes y sobre cuál sería el comportamiento ideal de una persona. ¿Cuál sería? ¿Cuál sería si él no lograba diferenciar en nada lo que unos y otros pensaban, decían o se comportaban dentro de un conglomerado humano. ¿Qué afinidad había entre los amantes y el sexo? ¿Son los hombres mejores amantes que las mujeres? ¿La mujer ama sinceramente? ¿Acaso un homosexual ama menos? Todas las cualidades

buenas del género humano no dependían de sus predilecciones sexuales..., se dijo.

Estaba pensando en éstas cosas cuando vio a una pareja de esposos peleándose a mano limpia. El hombre le daba la del zorro a su mujer. Ella trataba de evitar los golpes y se defendía tratando de arañar la cara del varón. Pero no lloraba ni gritaba, sólo movía sus brazos a diestra y siniestra procurando detener los manotazos que invadían su cuerpo. Maquel presenció por un breve tiempo la escena. No se atrevía a intervenir. Al fin se decidió y con paso resuelto fue a parar la violencia. Gritó a voz en cuello, dirigiendo su mirada al hombre, que dejara de golpear a su mujer. La pareja suspendió por un instante la riña. El hombre, rojo de rabia, giró un tanto su cabeza hacia Maquel, y aunque mantenía su furia suspendió momentáneamente la paliza. Pero había más coraje en la cara de la mujer que, alzando sus brazos al rostro de Maquel, le gritó: ¡Deja vos, mi marido es...!

Maquel se retiró del lugar sin saber si su proceder fue el correcto o no; eso sí, se juró no volver a involucrarse, otra vez, en asuntos de pareja. Pero, ¿cuál es el comportamiento correcto que debe primar en las parejas? Deben existir reglas que regulen las conductas, pensó. ¿Cuáles? ¿Habrán unas reglas

para los heterosexuales, otra para los gays, otra para las lesbianas, otra para los travestidos, otra para...? La mente de Maquel ya perturbada de por sí, empezó a girar y girar. Se sintió mareado. Hasta tanto el cielo había oscurecido. El Sol dejaba ver unos pálidos rayos asomándose detrás del campanario de la Iglesia. Una estrella solitaria brilló en el manto negro-violeta de cielo. Maquel se sentó al borde de la acera y se quedó profundamente dormido. Entonces soñó.

7. Los sueños de Maquel.

Maquel observa la ciudad desde las alturas. Desde la posición en que se encuentra mira las cubiertas rojas de los tejados de las casas, todas se ven iguales y hay muy pocos detalles particulares que los diferencian unas de las otras. Entre las edificaciones se divisa unas manchas verdes, y entre los sembrados varios ramajes marrones. La luz oblicua, proveniente de un horizonte lejano, proyecta sobre la calle sombras plumizas de los árboles y de las viviendas. El amanecer augura un día tranquilo. De pronto, un ave de plumaje gris pasa por su lado. Se miran a los ojos pero ninguno de los dos dice nada. El pájaro se aleja y se confunde en la luminosidad del horizonte. De repente Maquel se halla caminando por las aceras del po-

blado y desde su interior nace la idea de encontrarse con su buen amigo de la infancia. De aquel amigo con quien jugó a las canicas en la calles polvorientas de su barrio. No sabe de donde proviene ese recuerdo pero ha estado con él toda su vida. Se ha hecho parte de su cuerpo y siente que ha permanecido en su mente desde que tiene uso de memoria. Aun mira las bolitas clavadas en el suelo reseco y el círculo trazado en rededor de las mismas. En el espejo de los charcos dejados por la lluvia del día anterior observa el azul del cielo y el pasar raudo de una banda de golondrinas. Una cometa multicolor con su rabo de anudados trapos churuquea en el aire y el viento de las tardes otoñales lo lleva a enredarse en los cables eléctricos; la esperanza de alcanzar las estrellas con el amor de su infancia se derrumba haciéndose trizas las quimeras juveniles al caer al suelo. Por un rato, no sabe cuánto tiempo, deja abandonado a su suerte las canicas de cristal para acoger en sus manos al trompo que baila sin fin en sus manos, lo suelta y golpea con furia a una lata de cola empipada de corcho. El proyectil vuela presuroso al confín del mundo y golpea con fuerza el tejado herrumbroso de la casa vecina, luego se acomoda en la acequia donde unos renacuajos flotan libres de prejuicios ambientales. Las ranas croan escondidas entre las

hierbas y matorrales anunciando que en la tarde se desatará una tormenta llena de truenos y granizo. El frío cala sus huesos, tiritita su cuerpo y le rechinan sus dientes. Las mantas han caído al suelo, en medio de la penumbra de su cuarto descubre al tanteo donde han caído y las recoge presuroso, cubre su pies y su espalda. Se acurruca en posición fetal y cuando el calor lo abriga, se queda otra vez dormido.

Maquel se pierde en su sueño. No logra diferenciar si lo que se dibuja su mente son recuerdos o es la vida misma. Cómo decir si lo que mira, lo que huele, lo que toca, lo que siente, son sólo evocaciones de sus vivencias pasadas o está volviendo a vivir esos momentos. A veces, en sus sueños ha visto a su madre viva; y a pesar de que ella murió hace mucho tiempo atrás, aún siente sus regaños, escucha sus palabras de aliento, sus consejos, y es como si todavía la tuviera con vida. La figura de su madre es vívida, es real. Los sentidos la perciben en una realidad que no es de ésta dimensión, pertenecen al mundo de los sentimientos, y esos sentimientos son sutiles y eternos.

El golpeteo de las gotas de lluvia en la ventana logran despertarlo por completo. Desde su posición en el lecho dirige su mirada hacia el exterior y observa un cielo cubierto de

un manto grisáceo. Es un nuevo día. Un día más en su existencia, se dice. Sera acaso, ¿un día menos? No acierta a levantarse o quedarse recordando lo que había soñado. Se pregunta: ¿cómo vine a dar a este camastro si antes estuve caminando plácidamente por la acera? ¿Todo lo que viví caminando por la calle fue un sueño? Se sienta al borde de la cama, levanta sus brazos, mueve sus piernas, y mira, otra vez, pasar delante suyo al pajarillo de plumaje gris. Se acomoda en sus lomos y éste lo transporta al universo de la cruda y triste realidad. La gente pasa por su acera y le dirigen miradas de solidaridad y compasión, y también de reproche. Algunos transeúntes dejan algunas monedas a su lado, otros murmuran palabras groseras insultando su condición, señalando que alguien debería hacer algo por ellos. ¿Serán ellos ese alguien? Él no levanta la vista de su sitio sólo escucha lo que gente va diciendo, teme que todo esto sea otra fantasía y que, una vez más, esté metido en sus sueños. Su mente es un torbellino, un rato está en el campo de la realidad y al siguiente en la imaginación. Se despereza totalmente y siente su ropa húmeda, la lluvia lo ha mojado todo. Una cama con sábanas limpias siempre ha sido su sueño. Hace mucho, mucho tiempo, que no duerme sobre un blando colchón abrigado con suaves co-

bijas de lana. Pero el hambre es real. Siente que sus tripas le crujen en su vientre. Abre su ligero morral y encuentra un mendrugo sobrante de la cena de la semana pasada y se convierte en el desayuno de esa mañana.

¡Vaya noche!, piensa.

La muchedumbre pasa de largo al igual que su vida. No. Su vida se quedó sembrada en el instante en que perdió la razón; no sabe ni cómo ni por qué, sin embargo, todo le parece sin sentido. A la vida misma no le encuentra un camino, todos los horizontes imaginados son irreales. Recorre hacia ellos pero estos se alejan con cada paso que da. La visión de sus recuerdos son momentáneos, y también la esperanza de alcanzar una meta se vuelve ilusoria.

Se detiene un momento al ver pasar un camión. El automotor subsiste en su mente por algunos segundos pero para verlo cruzar tuvieron que suceder muchos procesos y acontecimientos en la vida del conductor y en la vida de todos los seres humanos. Nadie da cuenta de esto, reflexiona Maquel. Puede que mi vida no signifique nada para nadie., pero todos estamos inmersos en los sucesos del mundo. ¿Si yo dejara de existir, qué influencia tendría mi desaparición en el planeta y en las estrellas? ¿Las estrellas han afectado mi

existencia? Su estómago aún requiere que se lo llene. Le envía señales para que meta algo en su boca. Su desayuno no fue suficiente. ¿Dónde se encuentran las manzanas que me corresponden?, se pregunta recordando el huerto lleno de frutos. ¡Alguien se estará comiendo mi parte!, reclama. ¿Cuál es el ordenamiento de las cosas para que los hechos se den? Maquel se frustra pensando que algo anda mal en el programa establecido. No sabe quién lo hace. No entiende la organización de los sucesos. Pareciera que todos los seres se comportan de acuerdo a su querer y por arte de magia se convierten en hechos reales, en máquinas y artefactos, en ideas, en grandes acontecimientos que modifican la dirección del mundo y cambian su historia previamente diseñada. Alguien sembró un árbol, pero no estaba plantado para que ellos la coman y, al rato, se los ve saboreando la jugosa fruta y cambiando el destino de la humanidad. Después ve a un hombre muriendo y las ideas dejadas han trastornado el mundo de las ilusiones. Esas ilusiones son creídas y elevan esa imagen hasta convertirlas en reales, y se engañan sintiendo que son esperanzadoras, pues, alivian la carga de la vida y aplacan el peso de las penas, y todos los dolores lo depositan en los hombros de aquel que murió sin saber por qué, pero dijo: vivir para ellos.

Se mente cada vez está más trastocada. Es un torbellino de pensamientos, de imaginaciones, de ideas, de creencias, de cosas que pasan y de formas y sentimientos que se vuelven recuerdos. No encuentra el hilo conductor de las conexiones de los sucesos en el mundo. No lo encuentra, pero sabe que existe.

Todo parece un sueño, piensa. Y sueña pensando que su vida es real. Cuando intenta cruzar la calle, mira un féretro de madera pulida llevado en andas por algunas personas vestidas de negro. ¿Será mi cuerpo...? Se acerca tembloroso y con temor acerca su vista al rectángulo abierto del ataúd. Siente una angustia atroz con sólo pensar que verá su rostro. No. Suspira con alivio al ver que no corresponde con la imagen que él tiene de su cara. Pero la fisonomía que mira es de una persona muy querida. No recuerda bien de quién. Los recuerdos, que estaban guardados en lo recóndito de su cerebro, acuden a su mente y logra identificar a esa persona. Es su padre. Se queda estupefacto. No sabe si lo que ve son recuerdos, si es un sueño o es la vida real. Pero sus sentimientos, el amor que sentía y que aún palpitan en su alma, hacia esa persona y que salen de su interior, es una realidad. No sabe exactamente dónde habitan, pero se registran en algún lu-

gar de su cuerpo. Eso lo sabe. Lo sabe tan bien porque al ver ese cuerpo sin vida, de sus ojos afloran abundantes gotas saladas y cristalinas de lágrimas, y mojan sus mejillas desahogando su pena y su dolor. Ese cuerpo no se mueve, no respira, no mira... la quietud y la calma invaden a su organismo. Reina la paz. ¿Dónde se hallarán sus pensamientos? ¿Qué cosas pasarán por su mente? La vida llegó a su meta. Jamás él sabrá ya nada de la vida de Maquel. Tampoco él sabrá de la suya. Sólo lo que ha guardado en su mente vivirá, y algún día todo eso, también, se perderá. Con el torso de su mano se seca el rostro y aligera el paso para cruzar la calle. En el momento que posa con su desgastado calzado la acera embaldoxada vuelve a inquietarse su espíritu y se pregunta si todo esto será la verdad.

8. Maquel se entera de una verdad.

Aún permanecía una leve llovizna, eran los últimos rezagos de una fuerte tormenta que aquella mañana cayó en el pueblo. Las aceras y avenidas empapadas estaban llenas de charcos en los cuales se dibujaban un sinnúmero de ondas circulares producidas por cada gota de lluvia que lograba acertar en el agua empozada. Muy poca gente deambulaba por las calles, y

todos parecían llevar prisa por alcanzar a tiempo alguna cita previamente establecida. Maquel se encontraba guarnecido bajo un frondoso árbol, sentado en una, de las pocas secas, banquetas históricas del parque. Observaba a los pueblerinos pasar por su lado pero nadie notaba su presencia. Era como si no existiese. No se vislumbraba muy cercana la hora en que los rayos y la luz del sol atravesaran por los negros nubarrones que cubrían el cielo. La tarde estaba triste y contagió el ánimo de Maquel. A su mente acudió la figura de la muchacha que vio la otra tarde y de quien quedose prendado y enamorado; su corazón latió al ritmo del persistente goteo que caía desde la ramada del roble que lo protegía. Un ligero calorillo invadió su cuerpo y abrigó en su alma la esperanza de verla otra vez. Oteó su vista alrededor de las casas que rodeaban la plaza esperando ilusionado que el rostro de su amada se asomara en alguna de aquellas ventanas; pero no, estas permanecían frías y sólo alcanzó a divisar la soledad transluciendo detrás de los cristales. Era en vano su anhelo. Ella no habitaba en aquellas viviendas. Así permaneció por un largo tiempo, y cuando dejaron de verse en las pozas las formas redondeadas de las ondulaciones, se levantó de su asiento, estiró sus piernas, levantó sus brazos y se dispuso a caminar

por las veredas húmedas; no sabía qué rumbo tomar y sin que fuera una decisión suya seguir con alguna dirección fija, se dirigió, al Salón de Fiestas. No tenía la intención de ver a nadie o de encontrarse con algo, tampoco en su memoria se había guardado algún acontecimiento importante a celebrarse en ese día. No. De pronto, y sin tener conciencia del lugar, se encontró parado frente al sitio de los grandes eventos del pueblo.

Atónito por verse, de improvisto, en ese lugar, sacudió su cabeza con fuerza tratando de agitar sus recuerdos con la confianza que alguno de ellos, el que lo había traído a éste sitio, aflorara en su mente. No acudió ninguna remembranza. En cambio, retornaron a su espíritu aquellos sentimientos concebidos cuando la vio por vez primera; en su cabeza volvieron a dibujarse los cabellos castaños brillantes y los ojos negros azabaches de la muchacha. ¿En qué parte de su cuerpo estaban alojados? ¿Estaban en su corazón? ¿Eran producto de su imaginación y de su pensamiento loco y atolondrado? No lo sabía, mas ansiaba verla otra vez. ¿Por qué? Cómo él iba a saberlo; él que no entendía por qué el Sol nace en el día y la Luna en la noche; él que dormía abrigado por los rayos solares y se desvelaba con la claridad del plenilunio; él que con-

fundía entre el calor emanado de la gente querida y el frío demostrado por la indiferencia y la indolencia; él que no discernía entre las cristalinas gotas del rocío y las lágrimas derramadas del niño al perder su helado; él que enredaba los hilos entrelazados del amor y los lazos cortados del odio; él que bebía el agua por vino y el vino por el elixir de la vida; él que nunca supo si la miseria es el reflejo del alma empobrecida de valores o si la riqueza es el producto del hambre ajena... ¿Cómo iba a saberlo? Sólo entendía que su corazón latía con fuerza cada vez que la imagen de la chica acudía a su cabeza. Que sus manos sudaban al pensar en tocarla, en elevarse a la cima de la gloria si escuchaba su voz, que pondría en juego su vida si los ojos de ella se posaran en él, y robaría las estrellas al firmamento si alcanzaba besarla. Así pasó mucho tiempo. Sus piernas se doblegaron por el cansancio, se arrodilló dando la cara al frente del salón; cualquiera que pasara en ese momento y lo viera pensaría que estaba elevando plegarias al cielo o rezando a algún santo de su devoción. Se acurrucó en el filo de la acera tiritando de frío y cubrió su cabeza con su vieja bufanda. Su alma expectante por algún milagro se mantenía alerta y en sus ojos se vio brillar una triste lágrima

que rodó a la calzada formando un inmenso charco de ilusiones y esperanzas.

La joven muchacha de los cabellos castaños y los ojos morenos llegó apresurada al Salón de Fiestas. Los guardias del lugar saludaron reverentes a la chica y la dejaron pasar sin ningún contratiempo. En el instante en que se perdía tras la puerta de ingreso Maquel logró divisar su cimbreado caminar. Es ella, se dijo. Se incorporó de inmediato y corrió tras ella. Los centinelas le cerraron el paso y le increparon.

- ¡A dónde... jovencito!
- Sólo deseo conversar con la joven que acaba de entrar por esta puerta...
- ¿Una joven...?
- Sí. La acabo de ver y es de suma urgencia que hable con ella.
- Suponiendo que haya entrado, ¿de qué quisiera hablarle?
- No es de su incumbencia los sentimientos que nacen en mi corazón...
- ¿Sentimientos? ¿Corazón? ¿Joven? Mire señor, —dijo impaciente el guardia de la derecha— por esta puerta no

ha ingresado ninguna persona en todo el día. A la primera hora del día, cuando apenas el sol empieza a calentarse, nosotros nos apostamos a vigilar la entrada para que nadie indigno ingrese en estos aposentos.

- Pero yo mismo lo vi ingresar hace unos breves segundos –dijo Maquel. Parecía estar suplicando que comprendieran su acuciante afán de ver a la chica-. Estuve recostado al frente de este edificio –trató de explicar su situación- pensando en la joven, No esperaba que llegara... pero ya ven, la acabo de mirar... Por favor, ¿me dejan pasar? –rogó suplicante Maquel.
- No señor. Los salones no están destinados para gente como usted... Son exclusivos para persona honorables y distinguidas... dignas de sentir, compartir y retribuir los nobles sentimientos del amor y la misericordia...
- Y, ¿qué soy yo? –Se extrañó Maquel por la forma con la cual lo estaban calificando, sin siquiera haberlo conocido antes.
- No. Nada. Pero la chica no puede corresponderle en su amor...

- Usted no puede atribuir o negar esa capacidad en nadie... Si ella quisiera, bien puede amar a quien la odia u odiar a quien la ame –dijo enojado Maquel.
- ¡Está bueno señor...! –le cortó el centinela de la izquierda-. No queremos discutir con un andrajoso como usted sobre los altos valores de las cualidades humanas y sobre los delicados y nobilísimos asuntos del corazón y del alma...
- ¿Qué les pasa, señores? ¿Acaso los sentimientos son propiedad de los que ostentan posesiones materiales? ¿Dónde han escuchado que los menesterosos no saben amar...? ¿Creen acaso que hay una relación directa entre los sentimientos con las fortunas que se posee?

Los centinelas guardaron un prudencial silencio. Ellos estaban ahí para cumplir órdenes. Para eso los habían contratado. No iban a perder su trabajo por un muerto de hambre que se atrevía a discutir sobre las decisiones dadas por sus jefes. Maquel recordó lo que acaban de decir: ninguna chica ha ingresado al salón. ¿Estaban diciendo la verdad? ¿Solamente trataban de confundirle para que desistiera en ingresar al salón? ¿Y, si fuera verdad? Que todo lo que acaba de ver fuera sólo

una ilusión, otra imaginación de su confuso cerebro. Se quedó mirándoles, dejó pasar un momento y cuando decidió retirarse desengañado, les propuso:

- Me voy a ir de aquí... pero antes quisiera saber el nombre de la joven que acaba de ingresar...
- ¡Otra vez el burro al trigo...! –dijo el centinela de la derecha.
- Solo deseo saber la verdad...
- ¿Verdad? ¿Cuál verdad...?
- No vamos a empezar otra vez... -respondió Maquel:- Les dejo tranquilos si me dicen cómo se llama la joven que vino a la fiesta del otro día...
- ¡Así está mejor...! –se tranquilizó el centinela de la izquierda:- Pero en primer lugar: Hoy no ha venido ninguna chica, esta es la primera Verdad. La otra es que no sabemos cómo se llama, sólo sabemos el nombre con la cual la conocen los honorables dueños de este recinto...
- Y, ¿Cómo la conocen? –empezó Maquel a intranquilizarse.
- Le dicen: Syamara... Sólo así la llaman...

- ¿Si amara?
- No, ¡vaya hombre! Syamara...

Maquel se retiró del lugar. Pero aún le quedaron las dudas de si lo que vio hace unos momentos fue sólo el producto de su imaginación o fue una ¿u otra? realidad. Nunca lo iba a saber. Pero algún día lo averiguaría, lo sabría y en ese día volvería a restregarles en la cara a ese par de idiotas que custodiaban la casa de fiestas... El enojo perduró en él hasta que cruzó la calle. Al rato se encontraba contento de saber una verdad, y con esa verdad: saber el nombre de la muchacha, se creía el hombre más feliz de la tierra... ¿De la Tierra? ¿Del Universo? ¡Cómo saber que estamos solos! Miró al cielo, los negros nubarrones se habían disipado y se dejaba ver un firmamento celeste resplandeciente...

9. Maquel divaga hasta perderse en los confines del Universo.

El cielo azul celeste se tiñó de rojo y un fuerte viento helado le azotó la cara. Ésta será otra noche fría, se dijo, y se dispuso regresar a su refugio debajo del puente, pero antes, se procuró en el camino de alguna fruta y de varios mendrugos que las

vivanderas del mercado solían brindarle si las visitas no eran muy frecuentes; hurgó el contenedor de basura en busca de varios artículos que habían sido menospreciados por otros ciudadanos: una botella de plástico de dos litros la utilizó para abastecerse de agua potable del grifo de la plaza; varios trozos de cuero sintético que, una vez recortados adecuadamente, los usaría como plantillas en sus desgastados zapatos; una caja de cartón lo emplearía para recomponer su catre desvencijado; muchos trapos sucios y recortes de telas para remendar sus vestidos y rellenar su maltrecha almohada; varios páginas sueltas de algún diario para deleitarse mirando las fotografías y los anuncios publicitarios antes de conciliar el sueño. Todo lo metió en un costal de yute y silbando alegremente se perdió de vista. Al rato ya estaba acomodado en su *vivienda*. Después de haber encontrado la verdad del nombre de su amor supuso que toda la noche se la pasaría desvelado haciendo anagramas con las tres sílabas, pero no, la oscuridad le dejaría ver millones de puntitos titilantes en el manto oscuro que lo cubría y su mente se dedicaría a divagar en los mundos que estaban suspendidos sobre su cabeza.

Maquel sentado en su camastro bajo el puente observó una estrella muy brillante que titilaba insistentemente, consi-

deró que el centellar era una cualidad coqueta de los astros para enamorarlo, muy similar al que, cierta vez, la chica de sus sueños le guiñaba los ojos a su mejor compañero a aula. La noche era negra tinta y parecía que su sitio de descanso era el privilegiado para mirar a los astros. Desde que era pequeño siempre se había preguntado qué sucedía detrás del brillo de los soles lejanos. Había escuchado decir que su luz tardaba cientos de miles de años en llegar a sus ojos, entonces, se preguntaba: ¿Estarán aun presentes los miles y millones de soles que pululaban el cielo? ¿Todo lo que veía era solamente la luz que continuaba viajando a través del espacio y los cuerpos que la emanaban habían desaparecido hace muchos miles de años? Si pudiera construir una nave que me lleve a esos distantes lugares sabría en realidad cómo es el Universo, se decía. Pero no había forma de viajar a esos remotos lugares. ¿Y si lograra viajar y se encontrara que todo de lo que ha visto en la noches durante toda su vida ha sido irreal? ¿Cómo saber la verdad?

Pero él quería viajar. Entonces empezó, su mente, construyendo un navío muy especial diseñado para que alcance velocidades superiores a las de la Luz. Esta embarcación espacial no necesitaría de combustible para movilizarse y con-

trolaría con su voluntad cualquier momento en que quiera viajar; sólo le bastaría su querer para remontarse a las Galaxias, y regresaría de ellas a la Tierra sin agitar un solo dedo. No requería de materiales físicos para verlo brillar en su mente. No necesitaba de comandos para controlar su dirección. Claro, tenía una desventaja, la única: llevar un solo pasajero, a él. Lo que viera en el viaje no lo podría comentar con nadie, no podría conocer la opinión de nadie; aunque no había riesgo del fracaso en el viaje tampoco disfrutaría de las maravillas con las que pudiera encontrarse. Nadie sabría de su fabricación, sería su secreto personal, pues lo construiría en la soledad de su camastro mientras se quedaba adormilado bajo el suave calorcillo de la manta de papeles de periódico. Los viajes se posibilitarían si estaba en completo aislamiento, cualquier interrupción lo haría volver casi instantáneamente a su destino: a su jergón de cartón y trapos. Se acomodó en su sitio en posición fetal, se encaramó a su embarcación y empezó a volar. La nave de la imaginación lo llevaría a mundos y lugares distantes y desconocidos. Un viaje fantástico.

Apenas despegó, y cuando se elevó a escasos cientos de metros del suelo, se percató que los países y naciones no tenían fronteras. Esperó encontrar líneas gruesas y punteadas

alrededor de cada estado y cada una de las naciones pintadas de diferentes colores. Pero no, todo se confundía en prados, llanuras y montañas. Asombrado observó cómo los ríos discurrían por los valles, muy pocos, en sus aguas cristalinas, se podían ver los peces y las piedras en su fondo, y, en los más, fluía un líquido espeso negruzco que iba dejando una pestilencia nauseabunda a su paso. Muchos montes cubiertos de árboles y matorrales y en otros con sus tierras desérticas y la tierra negra por la maleza quemada. Pudo distinguir los grandes edificios con brillantes ventanales en todas las ciudades, éstas llenas de calles y avenidas, puentes e iglesias; las cúpulas de las catedrales se elevaban majestuosas al cielo cuales torres de babel tratando de alcanzar la gloria de los dioses; las personas deambulaba de aquí para allá sin destino cierto, pequeños puntitos de cabezas negras, coloradas y rubias yendo sin dirección a ninguna parte. Sólo Maquel podía observarlos, pero nadie lo podía ver. ¡Este es mi mundo!, exclamó. Mi mundo lleno de ambiciones, de egoísmos, envidias y traiciones, amores y desamores; de niños con hambre, de viejos abandonados, de arrogancia pueril de los ricos, y de humillación vergonzosa de los desposeídos. En un instante, todo el globo terráqueo se mezcló: los mares eran una sola masa y los

continentes, de un café verdoso, confluían a una coloración azul marino radiante. Se alejaba de la Tierra y Maquel tuvo un poco de temor, que luego se disipó al ver otros cuerpos que se acercaban vertiginosos a su nave. Estaba dejando su lugar natal, sus raíces, su esencia de terrícola... Pero su embarcación era veloz y no tuvo tiempo de sentir el sabor amargo de alejarse de su terruño querido.

En un abrir y cerrar de ojos observó a todos los planetas de su casa grande, cada uno girando alrededor de una inmensa estrella. Se extasió al ver a un astro enorme con anillos gaseosos girando a su alrededor como si fuera la cabeza de algún santo de las estampitas escolares. A otro tan grande como un melón en medio de aceitunas. Y la Tierra... perdida en el vasto espacio evolucionaba lentamente con elevado egoísmo y arrogancia pueril de creerse el único grano de arena del desierto que albergaba vida. ¿Sólo en esa minúscula mota de polvo existe la vida? ¿En esa partícula del Universo se han logrado los pensamientos más elevados del génesis y del ocaso de la vida? Maravillado se alejó del lugar y un frío intenso empezó a invadir su cuerpo y su mente. Deseó alcanzar otros cuerpos luminosos para calentar su aterida alma.

No consideraba que estuvieran tan lejanas de él miles de millones de soles que agrupadas parecían nubosidades en el espacio sideral; en muchas de ellas giraban otros astros con anillos multicolores en forma de espiral, de corazones, de manzanas y de estrellitas de mar. ¿Dónde estaba la estrella que él había perseguido? Aquella que le guiñaba los ojos se había esfumado para confundirse entre la miríada de planetas. Aceleró su imaginativa nave para alcanzar a una de ellas, pero a medida que viajaba éstas se distanciaban aún más. Lo lograba alcanzar a ninguna. ¿Qué tan lejos estaban? No desesperó, era un piloto experto en estos viajes y muy hábil en buscar atajos que lo lleven a su ansiada destino.

Piso a fondo el pedal de su ilusión... y respiró profundo. Este pequeño descuido lo desvió de su meta. Estuvo a punto de quedarse dormido. El estruendo de una sirena de bomberos le hizo regresar al instante a su camastro. Desilusionado escuchó el murmullo del río que apaciblemente corría cerca de su hogar. Se enojó consigo mismo. Pero no estaba dispuesto a darse por vencido. Se introdujo nuevamente en su embarcación y, ésta vez no perdió el tiempo en observar minucias del Sistema Solar ni de la Vía Láctea. Quería alcanzar su estrella y nadie impediría para que cumpliera con su

afán. Viajó presurosamente a través de las Galaxias e iba traspasando una a una sin siquiera echar un vistazo ligero a los planetas para percatarse si en alguna de ellas había otros seres inteligentes. Se creía el único Ser con la capacidad de pensar... y cruzaba de largo por los miles y miles de soles y planetas, y dejaba atrás a otras formas raras de astros. Definitivamente su astro elegido se había perdido. Ya no sabía cuál era. Estaba inmerso en el vasto Universo y localizar su preferida era como buscar una aguja en un pajar. Entonces tomó una decisión arriesgada, volaría hasta el confín de mundo. Su imaginación supuso que, en algún punto, todo esto se terminaría y que llegaría al lugar donde un letrero de neón le señalaría: “Exit”. Estaba seguro que estaría escrito así, la hegemonía del idioma, sin duda, debía alcanzar estos límites. Cuando creyó que había alcanzado la frontera del Universo se desengañó a ver que otros miles y miles de soles y de astros continuaban más allá de su vista.

Había llegado lejos. Consideró que era hora de regresar. Volvería otro día a estos lugares y se prometió que, en la próxima vez, no se dejaría vencer por el sueño y el cansancio. Aquel viaje tan largo le dio sed. Se incorporó de su jergón y fue a beber el agua transparente de su río. Una vez saciada su

necesidad observó, nuevamente, el cielo estrellado y se puso a recordar ciertos pasajes de su vida pasada. Aún era temprano, y tenía mucho tiempo para dormir...

10. Maquel y algunos de sus más lejanos recuerdos.

Recordar es volver a vivir, se dijo Maquel. Pero cuando recordaba algún acontecimiento del pasado confundía con los sueños e ilusiones de su infancia. Entonces, no lograba diferenciar si era verdadero lo que vivió o sólo fueron fantasías. No obstante, muchas de las cosas que acudían a su mente lo hacían feliz; claro, otras no tanto... Es así que quiso remontarse a las nacientes actividades que en su memoria estaban guardadas, se esforzó hasta el dolor para encontrar en lo recóndito de su cerebro el primer acto consciente de su vida. Todas las imágenes estaban difusas: no distinguía las facciones de sus rostros, eran como ráfagas que cruzaban por su razón sin que se visibilizaran muchos detalles de lo vivido. Recordaba los hechos de una manera general, pero algunos datos específicos los había olvidado, estaban perdidos para siempre en su memoria, como: la edad que contaba, el día y la hora y el año, los nombres de algunas de las personas con las

cuales estuvo, su vestimenta, o si fue en la tarde o en el día... Pero no importaba, decía, lo esencial es que residen en mis recuerdos, y eso, me hace ser lo que soy.

Recordó aquel día en que salió de su casa rumbo a la escuela y en el camino se encontró con una anciana que cariñosamente le regaló unas monedas; acudió a su mente el hecho consecuente cuando, luego de clases, lo contó a su madre y le dijo que fue la abuelita la que le interceptó en el camino para darle los veinte centavos. Su madre no podía creer que fuera la mamá de su marido, su suegra, pues, ella nunca iba sola por la ciudad. En la memoria de Maquel quedose grabada la escena y la figura de la viejita. Aun se preguntaba quién pudo haber sido. Luego de haber vivido ese momento siempre esperaba encontrarla en el camino al colegio, más con la esperanza de volver a recibir algún dinero que por el cariño que le brindó. Cuando ya se hizo mayor, cada vez que pasaba por ese lugar lo recordaba. Pero no recordaba qué hizo con las monedas: de si se las gastó en caramelos de fresa o si se compró los deliciosos chicles que sus compañeros llevaban a clases. En su mente están las monedas recibidas y la viejita haciéndole una caricia en su cabello. Todavía siente las huesudas manos revolviéndole sus greñas y el calorcillo apretando las

suyas cuando le entregó furtivamente los centavos; aun escucha la tierna voz haciéndole prometer que no debía contarle a nadie lo sucedido. Jamás volvió a mencionar el hecho, pero lo atesoró en su corazón como uno de sus recuerdos más queridos y extraños de su vida.

En esa misma calle vivía una hermosa niña de azabaches cabellos lisos, de piel muy blanca y unos ojos oscuros como la noche; y engalanaba un vestido azul con listones blancos cuando tuvo la dicha de conocerla; nunca supo si era de ella, o de su figura, de quien Maquel se quedó prendado eternamente; aunque su afecto se había esfumado las imágenes aún estaban presentes en su cerebro; en su mente no guarda la época en que dicho suceso ocurrió, de si fue un poco antes o mucho después del encuentro con su abuelita, sólo sabe que está ahí impregnado en su mente, como esculpido en piedra, para siempre. Cuando la vio por primera vez, quizá fue la única, iba acompañado de su hermano. Aun siente, lo percibe como si fuera ayer, la atracción que la chica le provocaba a su niño. Pero apenas la pequeña ángel se asomó a la puerta Maquel también se enamoró. Su hermano le llevó a rastras para que ingresara al patio donde la niña saltaba y reía alegremente; en un principio él se resistió un tanto, pero al

final cedió a los encantos que la muchachita le incitaban. Una aureola grisácea rodea el marco de ese recuerdo, pero ve con claridad el patio embaldosado, de color verde oliva, y la luz del sol reflejándose en el piso. Maquel escondido detrás de una puerta de cristal observa a la niña salir a su encuentro a toda prisa, al descubrirlo y notar su presencia le sonrío y vuela en sus pasos tan rápido como vino. Es un instante mágico y maravilloso, es la gloria de su existencia, es la belleza del primer amor que nace en su corazón, es un momento sublime que lo eleva hasta las estrellas y lo deja vagando en los confines del cielo. Luego de ese hecho cada vez que iba a la escuela pasaba por esa puerta de cristal para verla nuevamente. Nunca más la vio. Hoy se pregunta si fue solamente un sueño o si la chica de piel blanca y cabellos negros existió alguna vez. Pero en su corazón aún guarda un sentimiento profundo y un afecto tan cierto como el que siente ahora por Syamara. ¿Será que vio en ella lo que en su mente guarda de aquella niña? ¿Seguirá enamorado de aquella muchachita y ha llegado el momento de olvidarla reemplazándola por otra mujer? Puede ser, se dice Maquel, sin embargo en su mente vuelve a dibujarse la brillantez del piso y no acierta a confirmar si es el sol o es ella la que provoca tanta claridad.

Es amor lo que siento, se dice Maquel. Son nostalgias de hechos que ocurrieron y que ha ido calando en lo profundo de su alma, dejando huellas imperecederas en su corazón. Ya no están las personas con las cuales vivió esos hechos pero su espíritu vibra cada vez que los trae a su mente. No quiere adornarlos con nada. Los trae desnudos tal y como sucedieron sin agregar ni disminuir nada. Tal vez están desfigurados porque su cerebro los ha ido despintado, pero algunos recuerdos son como cuadros que cierto pintor extranjero dejó olvidado en algún desván: solo están empolvados, basta con soplar un poco y las imágenes, los paisajes, las personas, y hasta los olores retornan a su mente con bastante nitidez. Claro, también hay recuerdos que el tiempo los ha desgajado, están hechas tirones, y para volverlos a ver le cuesta a su espíritu un gran esfuerzo, y a sus ojos, algunas lágrimas. Sucesos que están rotos y hay que coserlos con puntadas sutiles del cariño usando los hilos invisibles y vigorosos del amor.

Los ojos se le nublan. Creo que se me acerca un recuerdo triste, se asombra Maquel. Mueve vigorosamente su cabeza para despejarlo, pero el recuerdo, necio, no tiene intención de alejarse. Maquel sale al patio trasero de la escuela y ve a su mejor compañero sentado contra la pared de adobe,

tan deslucido y solitario como las matas de mala hierba que crecen a su costado. Con la cabeza entre las piernas lo escucha gemir. Se acerca sigilosamente y se sienta a su lado. Está llorando. Su rostro está compungido por el dolor, y su uniforme es sucio y descosido en algunos lugares. No le da lástima, pero siente que debe acompañarlo y ser solidario con su pesar. No recuerda si le preguntó qué le sucedía ni qué le respondió. Sólo sabe que el muchacho le contó la causa de su aflicción. Entonces, Maquel puso su brazo sobre sus hombros y empezó a tranquilizarlo. Le dice que él será su mejor amigo. Que en todos los recreos saldrán a jugar juntos. Que le ayudará en las tareas y a resolver los difíciles problemas de aritmética. Le promete que todo saldrá bien. El chico levanta su cabeza y le mira. Se seca las lágrimas con el dorso de su mano y le regala una sonrisa. Contentos y abrazados se internan en las aulas de la escuela. Mucho tiempo después de graduarse, lo volvió a ver caminando por la calles de la ciudad. Tenía el mismo andar cansino y desgredado. Lo invitó a tomar café en un restaurante cercano y cuando estuvieron acomodados en una mesa solitaria del local recordaron aquel episodio. Pensando en ese pasado, Maquel deja rodar la gota salada del recuerdo hasta que llega a su boca, lo saborea y se

reconforta pensando que valió la pena haber sido el mejor amigo de aquel muchachote. ¿Dónde se encontrará?, piensa. Sabe que lo sucedido no fue un sueño. Fue real.

Maquel vuelve a su camastro de trapo y cartón. Por hoy es suficiente, se dice. Pero su mente es tan boba y de completa necedad que no deja de pensar en su pasado. Vive con los recuerdos y ellos son el sustento de su presente. La vida presente constituirá los recuerdos en el futuro. No puedo dejar de pensar en ellos, es mi vida misma, es lo que soy, piensa. A muchos los dejará en el baúl del olvido porque son malos y tristes, porque le hacen daño cada vez que los vuelve a mirar. Es mejor que estén resguardadas con mil candados y que las llaves las boten al río del desprecio y la desmemoria. Mientras se queda dormido piensa en el amor que siente por Syamara. Ansía tanto compartir con ella las experiencias de su vida, para que sean parte de su presente y sean un feliz recuerdo en su futuro. Pero, ¿querrá ella ser parte de sus recuerdos? Sin embargo, cómo convertir su fantasía en realidad. Si ni siquiera ella sabe lo que él quiere. Y si le propusiera es probable que ella no lo quiera así. Tal vez el destino gire hacia rumbos insospechados y jamás, aunque tanto lo desee, lograrían estar juntos, y en el futuro su pretensión se convertirá en

un infeliz y desdichado pasado. ¿Qué hacer frente a esta fatal ventura? Maquel nunca ha creído en el destino: Nuestra vida lo hacemos al andar, ha dicho siempre... Entonces, ¿qué se aconsejaba hacer...? Mañana al despertarme lo pensare mejor, se dijo, y se quedó profundamente dormido.

11. Syamara.

Cuando Syamara estuvo a punto de ingresar al Salón de Fiestas se percató que en la banquetta situada frente al edificio se encontraba sentado un hombre con un aspecto lastimero. En sus manos llevaba el móvil para que todos los concurrentes la vieran y nadie sospechara que iban a ser grabados. El individuo, aun antes de acercarse, ya lo miraba insistente, y los contornos redondeados de la grácil figura femenina ya le habían provocado el éxtasis en sus emociones internas. Maquel confundió el aparato electrónico con una bella flor y se le trastocó el corazón. Parecía enamorado. Ella no le prestó ninguna atención y a toda prisa ingresó en el recinto. Esa mañana, muy temprano, su padre antes de salir de casa le había recomendado que no se tardara tanto en arreglarse y que estuviera con tiempo en la reunión especial de la jerarquía de la sociedad. Pero no llegó a la hora fijada, varias fueron las causas

que provocaron su retraso: el intenso tráfico presentado al cruzar la ciudad, una llamada inoportuna de su novio cuando se apeaba del automóvil, el vecino que la había detenido para preguntarle sobre los asuntos que tratarían en la reunión convocada, desde varias semanas atrás, por el gobernante del pueblo. No obstante ya estaba en el lugar y nomás tenía que entrar. El último escollo que debía salvar era esa mirada porfiada del personaje apostado frente al edificio. No encontró problema en salir al paso del atrevimiento.

Cuando se asomó al salón se sorprendió al ver a tanta gente escuchando las ponencias de algunas personalidades. Antes de introducirse al interior escuchó a un militar de alto rango, que fungía de diplomático en el gobierno imperante -lo reconoció porque alguna vez había estado en casa en una reunión privada con su padre- proponer que la pobreza se acabaría eliminando a los pobres. Su padre, un jefe militar, pero de menor rango que del conferenciante, estaba parado frente al estrado aguzando los oídos y prestando mucha atención a las opiniones de su superior; devoraba ávidamente todo lo que escuchaba; estaba hipnotizado que no advirtió la presencia de su bella hija. Cuando el oficial terminó su intervención todos los presentes se relajaron un tanto esperando al

siguiente conferenciante. En ese momento, el padre de Syamara, aprovechó el descanso y desvió su rostro del pulpito y oteó con su mirada a la concurrencia. Syamara, que se encontraba en la parte posterior del recinto, levantó su mano para llamar la atención de su padre. Se cruzaron las miradas, el papá se acercó presuroso y cuando la tuvo al frente le reprochó con los ojos el retraso. Su hija hizo un gesto de fastidio y se dejó llevar del brazo a un sitio menos concurrido. Una vez que estuvieron alejados de los oídos de la gente, el padre le comentó las acciones que debía cumplir.

- Todo lo que estos señores están diciendo, debes grabarlo discretamente en tu celular.
- Si papá... -respondió molesta-, Ya lo he estado haciendo desde que ingrese al Salón.
- ¡Perfecto! No hace falta decirte que no debes comentarlo con nadie.
- Si, papá...

Ya era tarde, el sol declinaba en el horizonte pintando de rojo los techos de las casas, cuando la reunión de los jefes concluyó. Cada uno de los presentes salió del recinto y se dirigieron a sus respectivos destinos. Syamara, cuando ya muy pocos quedaban dentro el recinto, salió del local y esperó encon-

trar, nuevamente, al vagabundo sentado en la banqueta del parque. Pero éste había desaparecido. En su mente quedose grabado el breve instante en que fue abordada con esa mirada dulce y tierna. ¡Esa mirada me recuerda a la mostrada por mí perrito cada vez llego a la casa!, pensó. No había considerado regresar temprano a la casa. Primero daré una vuelta por el centro de la ciudad, se dijo. Se encaminó hacia un cafenet para regrabar las conferencias en un CD, y una vez que hubo cumplido con el trabajo, regresó al Salón de Fiestas con la esperanza de que su padre aún no hubiese abandonado el edificio. Caminó aprisa, tratando de no perder un solo segundo. Cada instante era precioso si quería reencontrarse con su padre, pero su real intención fue que la casualidad la llevara a reencontrarse con aquel pordiosero... No sabe por qué pero así ella lo deseaba.

Desde lejos vio que ya no había gente en la puerta del edificio, entonces desaceleró el paso aunque continuó haciéndolo con ligereza. Se aproximó al local y se descorazonó al percatarse que toda la gente se había marchado. Syamara, creyó que tal vez su padre estaría dentro del edificio, se encaminó decidida hacia la puerta y, en un breve instante, con el rabillo del ojo, vio una sombra que se alejaba arrastrando los

pies. Era el sujeto que estaba sentado en la banqueta del parque. Tuvo la intención de llamarle para preguntarle a qué hora se había ido toda la gente. No lo hizo. Sin embargo ese instante quedó grabado indeleblemente en su mente.

12. Syamara regresa al Salón.

Había transcurrido cerca de un mes desde que se celebró la fiesta clandestina en el Salón, cuando, nuevamente, los jefes volvieron a reunirse. Esta vez el motivo fue evaluar los avances alcanzados sobre cada una de las propuestas iniciales. En realidad no habían logrado prácticamente nada a pesar de las acciones inmediatas que habían realizado. La pobreza seguía campante por el mundo, es más, se había incrementado el número de habitantes con éste mal. La propuesta de apoderarse de las riquezas del planeta comenzó con la invasión de las tierras que poseían el petróleo. Las poblaciones eran bombardeadas inmisericordemente y los que sobrevivían se volvieron aún más pobres; los yacimientos del oro negro cambiaron de propietario, y las gentes nativas iniciaron éxodos masivos en busca de alimentos, de vestido y techo. Los nuevos

dueños, una vez que tuvieron en su poder todo el tesoro usurpado, no devolvieron nada a cambio. Es decir los ricos se hicieron más ricos y los pobres continuaron siendo pobres hasta alcanzar la miseria. Para evitar que los pobres cruzasen los territorios de los ricos, estos construyeron grandes muros infranqueables. Sintieron mucho temor porque creían que venían a reclamarles las fortunas robadas. Entonces los ojos del mundo se volcaron hacia esta gente: En las redes sociales divulgaron imágenes de la miseria en que vivía esa muchedumbre. Sin embargo, las publicaciones sólo causaron lástima debido a las penurias por las que atravesaban las víctimas del latrocinio pero nadie decía nada al usurpador. La gente se identificaba con el invasor y pintaron sus caras con los colores de la bandera imperialista. ¿Ellos...? ¡Bien, gracias! Entonces los invasores tildaron de terroristas a quienes pretendían defender sus propiedades ancestrales. ¡Acaso estos fanáticos no sabían que la administración de las riquezas debía estar en manos de ellos para así distribuir mejor la pobreza! Su fanatismo les impedía ver con claridad todo lo que tenían, por eso, era necesario y urgente cambiar de manos todas las posesiones. Y eso hacían...

Syamara, ésta vez, tomó todas las previsiones para llegar temprano al Salón y escuchar y grabar los nuevos discursos sobre los resultados obtenidos. Su padre le había regañado la vez anterior por haberse tardado en regresar. Aunque había terminado de llover aún se veían grandes charcos de agua en las calzadas. Cuando estuvo a punto de ingresar al recinto vio al mismo hombrecillo parado frente a la puerta de ingreso. Quiso acercarse para preguntarle qué hacía a primeras horas de mañana en este lugar. Pero no lo hizo. ¿Para qué?, se preguntó. No valía la pena. Era un simple hombre pobre que debía estar aguardando la salida de los grandes personajes para pedirles alguna limosna. Sí. Eso debía ser. ¡Para qué molestarse con ese infeliz! Syamara siguió de largo e ingresó al Salón.

Maquel se había distraído pensando en su amor platónico y no se percató del momento de la llegada de la mujer de sus sueños y de toda su vida. En un instante, saliendo de su ensoñación, vio la figura de la muchacha que ya se perdía dentro del recinto. Intentó llamarla pero de sus labios no se escuchó ninguna voz. ¿Cómo ella puede saber lo que siento si nunca llegaré a decirle nada? ¿Qué sabe nadie de los sentimientos de las personas?

Syamara también tuvo un amor imposible. El gran amor de la vida de Syamara se presentó cuando era muy niña, apenas había acabado de ingresar a la escuela. En ese entonces ni siquiera sospechaba de las altas funciones y delicadas labores que hacía su padre. Todos los días, muy de mañana, salía en el carro militar para acudir al colegio. Era una rutina obligatoria que nunca pudo evitar. Muy pocas eran las veces en que tuvo que acudir en taxi, y casi nunca había faltado a clases. La educación y disciplina recibida en la casa la volvieron una chica muy obediente a las normas y reglas y leyes de su país. Pero desconocía del respecto de los derechos ajenos. No estaba enterada de las carencias de otros niños, tan tiernas como ella. Creía que sus amiguitas y todos a los que ella conocía conformaban un grupo privilegiado de la sociedad y que nada ni nadie podía tener lo que ellos, sin siquiera pedirlo, tenían. Nunca supo de la existencia de niños que acudían a sus colegios sin tener nada en sus estómagos. Tampoco conocía que muchos infantes no acudían a la escuela y que muchos debían quedarse en sus casas ayudando a sus padres en las labores del campo: arar, sembrar, desyerbar, cosechar... Nunca supo que existían personas que no tenían un techo adecuado para dormir en las noches. A ella la criaron en una

burbuja de cristal para que no se contaminara de la pobreza y que evitara que los pobres se acercaran. Nunca sintió los guijarros hincándose en sus delicados pies, pues, jamás anduvo descalza. Pero se perdió se sentir la textura de la tierra húmeda, del agua tibia de los charcos y del cosquilleo de las hierbas. Nunca sintió el frío y desconocía el hambre. Todo tenía a su alcance y disposición en el momento en que ella así lo requería. Por eso, cuando vio a Maquel se acordó del primer y gran amor de su vida. También fue el día en que supo que el mundo no estaban destinado sólo para ella, sino que a su alrededor también vivía gente, y gente muy pobre. Recordó el día en que lo vio por primera vez y se le iluminó su naciente vida, y rememoró aquella aciaga mañana cuando partió para no verle nunca más y sintió como su pequeño corazón quedarse goteando lagrimitas de pesar. Y vino a su mente aquel niño que, sin querer, le aporreó con la puerta del carro al llegar a la escuela.

El niño caminaba distraído por la cera frente al establecimiento educativo llevando bajo el brazo los periódicos para la venta del día. Ella, en el trayecto al colegio, iba acomodada en el asiento trasero del auto militar jugando ensimismada y aburrida con su tableta. Al llegar a la puerta de in-

greso al colegio recibió de su padre la orden de bajarse; ella sin mirar quien iba por la acera abrió bruscamente la portezuela y golpeó al muchacho. El chico se tambaleó y dio un grito de dolor y espanto sin saber qué estaba ocurriendo; al tratar de cubrir su rostro soltó los diarios que se desparramaron en la calzada. Al darse cuenta que era un auto militar se acobardó de proferir alguna palabrota y reclamar la ofensa. Se dispuso a recoger calladamente sus pertenencias y cuando estuvo agachado percibió la silueta de una niña que se acercaba sin hablar. Alzó la vista un instante y observó el uniforme escolar más lindo que pudiera imaginarse; tuvo miedo de alzar la vista para mirarla a la cara pero notó que su peinado era impecable y la mochila nueva multicolor. Se apuró en su emprendimiento y sospechó que su rostro se prendía y teñía de rojo. La chica no se disculpó ni tampoco su padre bajó del auto para ayudarle en la tarea. Syamara miró al muchacho y vio en él al niño más tierno y sencillo que sus ojos hubieran contemplado. Ella esperó que él le diera alguna queja, pero el muchacho sonrojado de la vergüenza puso los pies en polvorosa. Ella la vio alejarse del lugar y quedó contemplándole hasta que se perdió de vista tras la esquina.

Desde aquel día, todas las mañanas que llegaba al colegio esperaba verle pasar por la acera. Mas él nunca más volvió a pasar por ese lugar. Decidió cambiar la ruta de su recorrido matutino para la venta de los diarios. Pasaron algunos días y Syamara empezó a extrañarle, por lo que, se atrevió a decirle a su padre que cambiara el rumbo mañanero, pretextó que se aburría de seguir el mismo camino todos los días. Su padre accedió de buena gana, pues, desde ese día no se interesaba por su juego electrónico sino que miraba atentamente, a través de la ventana, el camino y el vecindario con anhelante curiosidad. Su padre estaba feliz de que su niña se interesara por los paisajes de la ciudad. Frecuentemente hacía cambiar el trayecto con la esperanza de verlo en alguna de esas calles. No transcurrió más de un mes cuando divisó al jovencuelo caminado distraído por una avenida muy cerca del colegio. El corazón de la niña saltó de alegría, pero no dijo nada a su padre. Cuando el automóvil pasó frente al muchacho bajó el vidrio y sacando y alzando su mano fuera le hizo una señal de saludo. En un principio el muchacho no le reconoció, pero, al ver que se trataba del mismo carro que le golpeó el otro día supuso que se trataba de la chica del lindo peinado. Él la miró pasar de largo y no correspondió al saludo. Este encuentro

fortuito hizo que las rutinas de los dos muchachos coincidieran a futuro. Ella, discreta, asomaba su mano fuera del auto cada vez que lo veía pasar. Su padre nunca sospechó nada. El muchacho temía que su saludo pudiera ofender al padre, presumía que si se percataba él sería castigado.

Tuvieron que pasar varios días para que él se atreviera a saludarla. Después, él también, cada mañana, esperaba con ansia ver pasar el carro militar llevando en su interior a la chica de la mochila multicolor, quien levantaba su mano diciéndole: ¡Hola! ¡Aquí estoy...!

Esta ceremonia infantil se repitió todas las mañanas hasta el final de la temporada de clases cuando sucedió lo inevitable. Era una mímica de amor eterno que nunca se convertiría en realidad. Sus almas estaban unidas por un leve saludo: un gesto en sus caras y un movimiento de sus pequeñas manos, pero cada quien en sus mundos, en sitios diferentes, escondidos en sus propias trincheras que les había tocado vivir. ¿Se esfumarían los sentimientos si llegaran al encuentro físico? ¿Acaso no sería mejor un idilio ficticio que el desengaño al reconocerse? Nadie lo sabe. Pero, la relación sublime de los dos niños se esfumó de golpe cuando su padre vio, en el

espejo retrovisor del auto, el atrevimiento del jovencuelo al sonreír enamorado a su adorada hija.

El auto chirrió en el frenazo. La sangre del chico se congeló en un instante y quedose petrificado. No tuvo tiempo de reaccionar cuando el militar se apeó del auto y avanzó amenazante hasta el chico. Se apoderó de los diarios y los lanzó contra el muro de una vivienda. Estos volaron como mariposas, y desgajadas se esparcieron por la acera. ¡No te atrevas a sonreírle a mi hija! ¡No quiero verte por estos lugares! ¡Lárgate de aquí, muchacho malcriado y pobretón! Syamara sintió la humillación en su propia piel pero, igualmente, estaba inmovilizada por la reacción violenta de su progenitor. El muchacho desapareció instantáneamente del lugar y el carro nuevamente emprendió su marcha. Antes de ingresar al establecimiento, con el puño de su hermoso uniforme, secó una lagrimilla que se le escurría por sus delicadas mejillas.

Desde ese día no lo volvió a ver jamás. Pero en su mente estaba nítida la figura sencilla y la tierna mirada del vendedor de diarios. ¿Será Maquel ese muchacho de los periódicos? No lo sabía. Ingresó decidida al interior del Salón a cumplir con lo que su padre le había encomendado.

13. Syamara encuentra una carta.

Syamara no salía del asombro al volver a escuchar las grabaciones recogidas en el CD. Encerrada en su cuarto, con la puerta asegurada para evitar molestias inoportunas, sentada frente a su PC aguzaba los oídos con esmerada aplicación a las ponencias de la tarde; miraba al vacío con los ojos desorbitados sin entender lo que estaba escuchando. Parte de las disertaciones las repetía para estar completamente segura de que lo que oía era verdaderamente lo que inicialmente había interpretado. Era inaudito que las jerarquías de la sociedad hubieran lanzado tales ideas. ¿Eliminar a los pobres para acabar con la pobreza? No lo podía creer. Luego de tomar nota de todo lo que habíase tratado en el Salón, se sentó al borde de su cama y se dispuso a esperar hasta que llegara su padre para conversar sobre estos asuntos. No le importaba si tuviera que pasar la noche en vela. Las interrogantes que rondaban por su cabeza requerían de las debidas respuestas de su padre y, si fuera preciso, le obligaría a que diera alguna explicación a semejantes propuestas inhumanas. Conocer las motivaciones por las cuáles ellos habían planteado tan terribles acciones le carcomía su espíritu.

Quiso volver a escuchar la grabación... pero se arrepintió; se dijo: No. Para mí todo este asunto está muy claro... conozco las intenciones malévolas de lo que pretenden hacer... ¡Ah!, mi padre me debe un esclarecimiento... ¡No puede quedarse esto así, como así! Con el afán de disipar su enojo tomó un libro, de los varios que coleccionaba en su pequeña biblioteca situada sobre su escritorio, y se dispuso a hojearlo. El azar le llevó a escoger aquel libro que en su adolescencia lo leía asiduamente: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, de Pablo Neruda. Cuando lo trajo a su regazo cayó al piso una hoja medio amarillenta doblada en cuatro partes. En un inicio no supo de qué papel se trataba ni se acordó de cuándo lo había colocado allí, tampoco se recordó del contenido de lo que trataba esa carta. Lo recogió, lo desdobló con cuidado pues los filos del doblez estaban desgastados; y, en ese entonces, vino a su mente una ráfaga del azaroso recuerdo, y del día y la hora de cuando recibió esa misiva. Y, por sobre todo, rememoró quién había sido el remitente.

Ese día, una o dos semanas después de que su padre alejará, como a perro callejero tras un cesto de pan, al canillita y se quedara, acongojada y triste, mirando tras el cristal al muchacho que se retiraba asustado y a toda prisa del lugar,

vio enrollado entre las piedras, en un resquicio del muro de cerramiento de su colegio, una hoja de papel. Trató de pasar desapercibida, pero algo le llamó insistente a que recogiera ese escrito. Una vez que su padre se despidiera y arrancara en su automóvil, ella se aproximó y, sin que nadie la viera, tomó el papel y lo guardó en el bolsillo de su mochila. En toda la mañana no pudo prestar atención a las materias y en algunas fue llamada la atención por el profesor. En el recreo se la pasó pensando en lo que diría esa hoja. Estaba segura de que se trataba de una carta, sin embargo nunca imaginó que ésta estaría dirigida para ella. Desesperaba para que las horas de clases se terminaran y que sonará el timbre de fin de la jornada; no soportaba tanta ansiedad y angustia que, antes de la última clase, estuvo tentada de fugarse de la escuela. Soñó con tener alas de pajarillo que le ayudaban a remontarse tras las paredes de las aulas y que alcanzaba las grises nubes y las violáceas montañas donde, bajo el frescor de una enramada, se complacía leyendo la carta. Un reglazo en su escritorio, a más de espantarle y de recibir la consabida reprimenda de la profesora, le hizo volver a la realidad súbitamente. Miró de reojo a su maleta y tuvo miedo que la carta hubiera desaparecido. Con sigilo, y sin que la maestra se percatara de sus movimientos,

abrió el compartimento de su mochila para tantear el pedazo de papel. Cuando lo sintió emitió un leve suspiro de alivio y dicha. ¿Qué dirá la carta? ¿Será de algún profesor enamorado de alguna colega? O, ¿será alguna hoja olvidada por algún descuidado estudiante? De ganitas tienes tanta ansiedad, se dijo, debe ser alguna tarea o prueba con pésima calificación que algún muchacho la escondió de sus padres. Sí. Eso debe ser. Pero, no. No puede ser que estuviera en el mismo lugar en que vi, por última vez, a ese chico, pensó.

Luego de las clases, cuando iban de regreso a la casa en el coche militar no pronunció una sola palabra a su padre. El papá tampoco le dijo nada. Hace algunos días que el enojo de la niña había desaparecido. Todos los días partían a la escuela y conversaban animadamente sin acordarse del chico. Ella lo extrañaba, era verdad, pero su padre le había dicho que no valía la pena pensar en un chico que vendía periódicos; que cuando fuera grande y se convirtiera en una profesional ya tendría tiempo de enamorarse de algún joven y guapo oficial. Ojalá fuera tan bien parecido como el muchacho de los diarios, se decía. Apenas el auto alcanzó la puerta de su casa bajo apresuradamente y corrió a su habitación. Su padre la miró asombrado... ¡Cosas de niños!

Ya en su habitación abrió su mochila y sacó el pedazo de papel... Sus manos temblaban de tanta emoción. El palpitante de su corazón se escuchaba a varios metros a la redonda y parecía que sus sienes iban a explotar. Un hilo de sudor resbaló por sus labios y sintió el sabor salado en su lengua. Sintió su boca reseca y bebió el último sorbo de refresco de su fiambre. La letra era menuda, escrita con esferográfico de tinta azul, pero se lo podía leer con toda claridad. Los trazos eran perfectos y no había más que cuatro o cinco líneas escritas. No estaba escrito a quién se dirigía... el espacio del destinatario estaba en blanco. Su vista recorrió las letras con rapidez hasta la penúltima palabra, Y ahí estaba escrito un nombre que nunca había escuchado. Sin embargo, no tenía ninguna duda de que la misiva pertenecía al muchacho que le saludaba todos los días: la última línea decía: El chico de los diarios. Sí. Era él. Sus ojos se le anegaron de lágrimas y un nudo en la garganta le impidió seguir leyendo. Apretó contra su pecho la pequeña carta. Ya no le interesaba lo que estuviera escrito, lo que más le importaba era que él lo había escrito, era su amigo, era de quién, no sabía por qué, le había robado sus pensamientos y le había quitado algunas horas de sueño antes de quedarse dormida. Cuando tomó nuevamente la carta para

leer lo escrito escuchó que alguien llamaba a su puerta. Era su padre. Apresuradamente escondió el escrito bajo su almohada y corrió a atender el llamado.

Syamara volvió en sí, pero quedose pensativa con la carta entre sus manos. Todo el rencor se le había disipado. Pero aún guardaba un dejo de inquietud sobre los asuntos que estaba tramando su padre. Miró al viejo papel y se preguntó qué sería del muchacho aquel. Recordó su pelo lacio y sus ojos morenos, con el caminar sereno con varios diarios bajo el brazo. A su mente acudió el último momento en que lo vio escondiéndose tras la esquina y a su padre retándole para que jamás se asomara por esos lugares. La llamarada del cariño que encendía su corazón, alimentada por los encuentros diarios, se había extinguido, sin embargo, aún flameaba una pequeña lucecita en su interior. Al leer nuevamente la carta se avivó el fuego iluminando por un breve tiempo su rostro. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios y un asomo de lágrima descorrió el rímel en sus ojos. Cuando bajó al comedor para servirse alguna fruta, escuchó el forcejeo de las llaves en la puerta de ingreso. Su padre llegaba y tenía que enfrentarlo. Pero los recuerdos sobre el cariño que sintió por el muchacho no dejaron espacio para el valor. Estaba indefensa.

Así no podía debatir con un militar. Lo dejaré para otro día, se dijo.

14. Un niño escribe una carta.

No había sido muy bueno ese día. Casi siempre hasta las diez de la mañana terminaba de vender sus periódicos, pero ese domingo estuvo dando vueltas por el barrio hasta cerca de la una de la tarde, pues, le quedaba un ejemplar por entregar y el comprador habitual no se encontraba en su vivienda. Se acomodó en el filo de la acera, en la esquina cercana a la casa de su cliente, esperando que, de un momento a otro, apareciera su comprador. Cansado y malhumorado se apegó a la pared de la villa y cerró los ojos, puso el diario en su regazo para evitar que se estropeará: sabía que si lo maltrataba no sería aceptado. No había transcurrido más de quince minutos cuando vio al hombre forcejeando la puerta de ingreso. Corrió a su encuentro, y cuando se acercó vio que ya tenía el mismo diario bajo el brazo. Se paró en seco sin pronunciar una sola palabra. El vecino giró su vista y saludó al muchacho; éste no salía de su asombro y no correspondió al saludo. Estaba enojado. ¿Qué te pasa chico?, le pregunto. No dijo nada. Plantó su vista en el objeto que llevaba en la axila. El

hombre se dio cuenta del por qué ese comportamiento extraño y, para tranquilizarlo, le dijo que no importaba que ya otro día le compraría el diario. El joven dio media vuelta y, sin decir una sola palabra, se alejó del lugar. No habría caminado más de unos diez pasos cuando escuchó su nombre. Se despertó. El dueño de la casa le llamaba para que le entregara su diario. En su rostro se reflejó una felicidad tan grande como si hubiera ganado la lotería y estuviera en su poder todo el dinero del mundo. Enseguida entregó su último ejemplar y salió volando hasta su casa. Era el hombre más feliz del planeta.

Ya en casa, se percató que la hora del almuerzo había pasado y que todos estaban adormilados en el sofá de su único cuarto, disfrutando de la siesta dominguera. No le importaba. Había logrado vender todos sus diarios y estaba satisfecho y contento de su pequeño éxito. Una vez que hubo comido se escurrió hasta su cama para contar las ganancias del día. Guardó presuroso las monedas en su bolsa confiado en que los fiambres de la semana estaban asegurados.

Toda la tarde se la pasó jugando con sus amigos de la barriada que se olvidó de sus sueños de convertirse en magnate naviero; también su amiga secreta quedó relegada por

sus travesuras, olvidada en el fondo de su cajón de las cosas íntimas y especiales. Estaba con sus camaradas pateando la pelota contra la pared vacía del muro de cerramiento del asilo de ancianos cuando ésta rosó el borde de una columna y se desvió lejos de lugar de donde se encontraban. El joven corrió en su búsqueda y en ese momento pasó perezosamente un vehículo en el cual estaba su niña amada. El muchacho, deslumbrado por la vista, detuvo repentinamente su prisa y descuidó de tomar a tiempo su balón; la pelota de plástico azul rodó lentamente bajo las ruedas del automóvil y no tardó en escucharse el sonido de una bomba detonándose. Los otros muchachos le habían gritado que cogiera la pelota, pero él estaba absorto viendo la melena castaña de la chica. El estruendo provocado al explotar su balón lo despabiló. Pero era demasiado tarde, la pelota quedó hecha un guiñapo y el carro siguió su camino sin percatarse de lo sucedido.

¡Qué se podía hacer! Los muchachos se lamentaron, sin embargo, no había culpables. Había que seguir jugando aun cuando ya no rodara como una esfera. A la hora de jugar y compartir con los amigos no importaba si la pelota estaba con aire o llena de sueños infantiles. ¡Era muy divertido verlos empujar con ahínco hasta el arco contrario! Y no faltaban

las bromas y las burlas y las carcajadas cuando se quedaba detenido en los salientes de los adoquines de la calzada y el puntapié volaba al vacío o se detenía súbitamente en el bordillo de la acera. Una vez que hubieron sudado lo suficiente y estuvieron completamente cansados abandonaron el juego y el dueño del balón llevó el trofeo desinflado hasta su casa. No tardarían en enterarse de la paliza que aguantaría del papá.

Fue esa tarde al caer la noche cuando se dispuso a escribir la carta. Sentado al borde de su cama arrancó de su cuaderno una hoja cuadrículada y colocándola sobre la misma cartilla, escribió: *“Hoy la he visto nuevamente, mucho desearía saber cómo se llama para pensarla por su nombre. Pero, no importa. Me basta con saber que usted todavía vive y, le juro, sueño, en que algún día, la volveré a ver. Pero tal como le sucedió a nuestra pelota, su padre ha roto y deshinchado mis ilusiones... Espero que usted, también, esté pensando en volver a encontrarme... Ansío que no se haya olvidado de mí. No sé. Cuando recoja esta carta, sabrá en dónde la dejé y cómo me dejó tan destrozado...”*

Escribió su nombre y debajo anotó su oficio, dobló el papel en cuatro partes y se la guardó en el bolsillo trasero de su pantalón. A la mañana siguiente, muy temprano, antes de dirigirse para su colegio fue hasta el establecimiento de su

amiga y en el lugar donde había sido despedido bruscamente por el padre de la chica buscó un sitio estratégico: un resquicio en el muro de piedra, en el cual, el papel pase desapercibido, pero que, al mismo tiempo, a ella le llame la atención, y lo dejó. No estaba seguro de que su táctica diera el resultado esperado. Nunca supo si su astucia resultó efectiva. Pero lo había hecho. Y eso le llenaba de orgullo y satisfacción.

Al otro día repasó el lugar. La carta había desaparecido; en el lugar en el cual estuvo el papel quedó un sitio vacío. Igual llegó a sentirse el muchacho: como si le hubieran robado su alma, como si le hubieran quitado la vida. No sabía si sentirse triste o alegre. Le carcomía el espíritu porque le rondaba la incertidumbre de si la carta la había recogido la chica o, tal vez, algún extraño. Buscó a su alrededor, por si acaso, el viento le hubiera volado. ¡A lo mejor cayó al suelo y fue recogido por los empleados de la recolección de basura! Desconcertado y apresuradamente salió del lugar; no vaya a ser que nuevamente el militar me encuentre, se dijo.

Cuando se alejaba repasó mentalmente en lo que había escrito. Tonto. ¿Para qué le escribiste? ¿Y si se enoja y ya no quiere volver a verte? Los impulsos del amor, pensó y dibujó una leve sonrisa en sus labios. Pero, ¿cómo puedo esperar que

ella quiera volverme a ver? Iluso. ¡La pobreza y la riqueza son como el agua y el aceite, nunca pueden unirse! Si lo agitamos se mezclan por un momento, pero cuando lo dejas en reposo, al rato, vuelve a decantarse el agua... ¿Seré yo el agua? ¿Será ella el aceite? O, ¿será lo contrario? ¿Será el amor más fuerte que el dinero? ¿Puede el amor franquear la barrera entre ricos y pobres? El rico menosprecia al pobre, y el pobre odia al rico. El uno porque el pobre no ha conseguido la condición de privilegio en la cual ha nacido o ha logrado alcanzar el rico, y el otro, porque ellos no lo han permitido. Qué hace que la condición de unos sea mejor o peor que la de los otros. Los ricos dicen que mejor hubiera sido nacer pobre para no tener las dificultades o los problemas que acarrea el hacer riqueza, pero, creo firmemente que, lo hacen para decepcionar al pobre cuando éste quiere alcanzar alguna riqueza. ¿A qué rico le gustaría vender periódicos por la calle? ¿Acaso no se morirían de vergüenza si se les vieran lustrando zapatos? O, limpiando oficinas, o limpiando casas... o... Nunca querrán que dejen de existir los pobres, ellos nos necesitan para que trabajemos para ellos... si no, ¿quién hace los trabajos...? Los ricos quieren que siempre existan los pobres para ellos ser siempre los ricos, y los pobres quieren dejar de serlo para ser los ricos que

desprecian a los pobres. Entonces, ¿qué hace mi pequeño corazón pensando en esa muchacha? Como pobre no me importa meterme en las cosas de los ricos, pero ellos jamás se meterán en las mías... pues, son cosas de pobres y eso va contra su dignidad. Ser pobre es ser indigno. Porque así ellos, los ricos, dicen: ser pobre es una condición carente de actitud, un inútil, un vago, falta de ilusiones y de ideales, un bueno para nada, que no tiene ambiciones, que... Sí, creo que ellos están equivocados... Sin embargo, ¿qué me hace mejor que ellos?

Cuando se dio cuenta ya había pasado la puerta de su escuela. Devolvió sus pasos e ingresó en su segundo hogar. No mejor dotado que el suyo propio, las paredes despintadas y a muchas ventanas les faltaba la protección de los vidrios y éstas habían sido sustituidas por retazos de madera sin cepillar descolorida, pero al fin, era su colegio, pensó presuntuoso. Apenas pasó al patio se encontró con sus compañeros, de igual condición a la suya, que jugaban pelota en el patio; la algarabía le devolvió su alegría y logró que, por un momento, se olvidará de su extraña y secreta amiga.

15. Syamara escucha una decisión.

- ¡Está decidido! – Su padre soltó la frase, cuando alzaba su taza de café. Syamara, después de haber leído la carta, estuvo pensativa todo el tiempo y no recordaba nada desde la llegada de su papá. Como una zombi había preparado una frugal merienda que la compartió con su progenitor. No tenía hambre pero igual se sirvió sin percibir los sabores de la ensalada fresca ni del filete cocido de carne. Preparó, sin darse cuenta, una taza de café para él y un té de menta para ella. Estuvieron callados hasta el momento que había pronunciado, sin querer, ese pensamiento. Tal vez nunca lo quiso decir, pero la presión de guardarla en su interior era muy grande que no aguantó su fuerza interior y se le escapó. Ahora que estaba libre y rondaba en el ambiente como el aroma de alguna flor silvestre en medio de un sitio cerrado, no aguantaba que se pavoneara de aquella manera. Quiso absorber las palabras y tragarlas con la humeante bebida, pero éstas se habían esparcido y ocupaban toda la casa. Las sílabas revotaban de las paredes y colgaban de los candelabros, se metían dentro de los muebles y saltaban juguetonas en la mesa del comedor. A palabra suelta no hay vuelta. Su padre

desvió su mirada hacia la ventana del comedor esperando que las letras fugaran por la ventolera, sin embargo, ahí estaban revoloteando alrededor de la cortina de colores riéndose irónicamente esperando impacientes la reacción de la oyente. Syamara invadida por el estruendo de las palabras quedose estupefacta y cuando el ruido amainó preguntó a su padre qué estaba decidido.

- Nada. No. Nada – A pesar de que aún no había logrado pasar del todo su bocado contestó a su hija sin mucha convicción. Sus palabras denotaban duda e incertidumbre, y unas ganas inmensas de ocultar lo que su mente recordaba. Sentía que sus pensamientos estaban al aire libre, al descubierto de todo el que quisiera observar, como el saltimbanqui de un circo llamando la atención de la concurrencia, gritando a voz en cuello para que acudieran a mirar el grotesco espectáculo. Claro que estaba decidido. Nada ni nadie podía, ahora, detener sus afanes funestos. Todos habían firmado el acuerdo, todos estuvieron conformes al momento de la votación, había sido unánime la elección; no se podía dar marcha atrás y las acciones siguientes debían

darse sin dilaciones y sin vacilaciones. Syamara sospechó que lo que su padre acababa de decir no era verdad. Algo se había decidido aquella noche en el Salón de Fiestas y ya estaba buscando la manera para que su padre le delatara lo sucedido. Estás muy preocupado padre, se nota una gran preocupación, pero, a su vez, estás contento; en tu rostro se nota cierta alegría por lo que hoy ha ocurrido en la reunión, le dijo. No esperaba que cayera en trampa de la compasión, pero con un poco de insistencia lograría sonsacarle lo suficiente.

- De verdad, hija: ¡No pasa nada! – Lo dijo en un tono más calmado como centrándose en sus pensamientos, como si quisiera olvidar lo que ya estaba decidido, más convencido para que sus palabras sonarán ciertas. Muchas veces había mentido y esta no iba a ser la ocasión para delatar sus íntimos sentimientos. Recordó aquella noche en que llegó achispado y con decir que habíase quedado tomando unas copas con sus colegas del recinto militar la situación de infidelidad quedó oculta para su mujer y su hija. Hoy tenía la esperanza de que aquel desliz de palabras quedara donde él quería que se quedaran: en el olvido. Pero no. Lo que ocultaba era

mucho más grave. Las tácticas y los procedimientos y las estrategias estaban definidas. Cada quien debía cumplir con su parte para que el plan tuviera el éxito esperado. El primer compromiso era guardar silencio: no debía ser contado a nadie, menos a su familia, tampoco a ningún pariente, conocido o amigo. Nadie debía saber nada. Nadie. Tomó otro sorbo de café y trató inútilmente de desviar la conversación hacia otros temas. Syamara le miraba a los ojos buscando en la profundidad del alma la verdad de aquel proceder. Había algo. La mirada esquiva escondía algún secreto. ¿Qué decidieron?, le preguntó. Algo estás ocultando, papá, se nota en tu... Estás muy nervioso, no sueles ser así cuando dices la verdad... Ante la insistencia de su hija, estuvo tentado de contarle con lujo de detalles lo que había ocurrido esa tarde y noche en el Salón. Pero no. Sería romper con el juramento dado. No podía traicionar a su clase. ¡Dónde quedaría su honor!

El ambiente y la conversación se volvieron tensos. Ella tratando de averiguar la verdad y él sin querer soltar nada. La táctica empleada no estaba resultando efectiva, se dijo Syamara; le contaré lo que llegué escuchar en las grabaciones...

Pueda que así me diga algo, con ese algo tomaré el hilo del ovillo y, de ahí, me será fácil llegar a la madeja... Pero, ¿si se vuelve en mi contra? ¿Si le disgusta que haya escuchado las grabaciones? ¿Sería capaz de desmentir lo que hablaron ese día? Syamara retiró en silencio las tazas vacías y cuando llegó al fregadero para depositarlas allí, se atrevió:

- ¿Se trata de la eliminación de los pobres? – La pregunta cayó como una bomba atómica. La onda expansiva levantó en vuelo la mosca que se posaba en el armario, hizo tintinear las gotas de cristal de la lámpara de la sala, las hojas de las plantas susurraron un silabeo monótono, los cuadros colgados en la pared del comedor se desviaron de su perfecta postura, los cojines del sofá se acomodaron en sus sitios, una araña que bajaba lentamente por el dintel de la ventana de la cocina paralizó su tejido y se devolvió presurosa a su escondrijo, la luna se estremeció y su palidez se ensombreció, la boina de su padre cayó al suelo y rodó debajo de la mesa. ¿Qué le iba a contestar con semejante pregunta? Tenía que pensar rápido... Pues el silencio iba a evidenciar lo que había jurado no decir jamás. Sí. Tú lo sabes bien. De verdad, se trata de una eliminación...

pero no a los pobres sino de la pobreza. Se sintió aliviado con esa respuesta. Era muy convincente. De seguro que su hija lo iba a creer. No había duda. Me salvó la campana, se dijo.

- No estoy muy segura de que en la reunión se decidiera eliminar a la pobreza... – rebatió la idea. Es más, papá, escuché a todos decir, que se iba a crear un programa para acabar con los pobres. Mira, papá, - lo enfrentó alejándose del fregadero y parándose delante de él – desde tiempos inmemoriales se ha combatido a la pobreza sin resultados positivos. Los políticos, los economistas, los religiosos, los militares, –disculpa, papá, no quiero ofenderte, ellos también son partícipes de este asunto– pero nadie lo ha conseguido. Los pobres siguen existiendo y, aunque digan que quieren eliminar a la pobreza, lo cierto es que no han logrado nada, o tal vez, muy poco, muy poco.... Las acciones que emprenden son coyunturales para apaciguar la furia que pueden desatar en los pobres. Lo han hecho por temor a que se levanten y les quiten todo a los ricos. Los militares han protegido a los poderosos... y cuando los pobres quieren tomar algo para sí los amenazan

con las armas... Ese es su papel: proteger las riquezas propias y ajenas. ¡Proteger a los pobres! No me vengas con cuentos chinos, papá, todo eso de la soberanía y del amor patrio es solo una excusa para gastarse los millones de todos en proteger sólo a unos cuantos... El militar bajó la vista al suelo y, queriendo algunos segundos para encontrar una respuesta, agachándose recogió su gorra. Syamara volvió a la carga.

- ¿Qué están pensado hacer...? ¿Una guerra? –las palabras de Syamara explotaron en la cara de su padre. Mira, papá, la guerra trae más pobres, aun los más ricos se convierten en pobres... No es esa la solución. La paz es el bien máspreciado de los ricos. Si van por ese camino están equivocados, si quieren proteger a los ricos de los pobres deben hacerlo en la paz. ¿Quién soy yo para decirte cómo se puede acabar con la pobreza? Te repito: todos lo han querido pero nadie lo ha conseguido. Además, los pobres siempre están en su propia guerra, en guerra con sus necesidades, con su hambre y con su frío... Como ellos no tienen nada no necesitan de nadie que los proteja. ¿Para qué quieren policías o militares? No tienen nada que ser defendido

o protegido. La patria, los suelos patrios no les pertenecen... no les interesa que se los lleve cualquiera porque los terrenos no son de ellos... Mira, papá, uno protege y cuida lo que tiene, cuando lo tiene... A nadie le importa cuando alguien pierde algo... los ricos se alegran cuando otro rico pierde algo para ellos ser los primeros, y los pobres se entristecen cuando otro pobre consigue algo porque dejan de ser como ellos. ¡No puedo creer que estés diciendo éstas cosas, hija! No es esa la realidad, existen muchas cosas que no comprendemos, pero no por eso debemos dejar las cosas como están, le señaló su padre, algo debemos hacer para remediar esta situación...

Syamara lo rebatió.

- Entonces, ¿quieren acabar la pobreza matando a los pobres? ¿Qué método aplicarán? – Syamara sintió que estaba dando en el clavo. Tenía acorralado a su padre –convertido en víctima de su interrogatorio- y no iba a soltarlo con facilidad sin conseguir alguna respuesta. Era su mejor oportunidad. Muchas enfermedades – dijo, esperando que sonara indiscutible- existentes en la raza humana se han dado por intervención equivo-

cada de la ciencia o por abuso en su aplicación. Muchas afecciones humana, me temo, pueden haber sido creadas en laboratorio, no estoy segura de eso, pues, no es fácil decirlo sin una base investigativa cierta, pero han diezmado a millones de personas, la mayoría pobres... Hoy existen muchas enfermedades inexistentes en el pasado... ¿Nunca existieron? ¿Por qué ahora están amenazando a toda la especie humana? No existe una vacuna contra la pobreza, papá, a los pobres no se les extermina con una inyección... Estaba en estas amenazas cuando una luz brilló en su cerebro. Claro, aquí estaba la madeja. Todo lo vio claro. Era como si de pronto saliera de una cueva oscura a la claridad del día. La cueva de Platón... Todo el tiempo había visto las sombras, ahora lo vía con diáfana claridad. Se sorprendió al descubrir la verdad. Se asombró y se espantó al mismo tiempo. Era inaudito. ¡Papá!, exclamó. ¡No quiero ni pensar que estén queriendo hacer esto con la humanidad! Miró a su padre y brotaron lágrimas de los ojos de Syamara. ¡Papá no debes permitirlo! Si no puedes impedir que eso ocurra debes alejarte de ellos. Su padre se levantó de su asiento y

corrió para abrazar a su hija. Ella se dejó llevar y se acomodó en los brazos fuertes del militar. No puedo, hija, no puedo hacer nada... Todo está planificado y ya se están elaborando los primeros productos... Su aplicación será en los próximos días y nada se puede hacer... Empezaremos, con la gente de nuestros vecindarios... con las personas más cercanas, luego iremos expandiendo el *remedio* a todo el mundo...

Aun estando en los brazos de su padre pensó en su amigo de la infancia, en aquel niño que vendía periódicos en la calle... y se acordó del hombre que se alejaba cuando ella entraba al Salón de Fiestas. Bruscamente se soltó del abrazo paterno y corrió a refugiarse en su cuarto. Debía buscar la manera para que ellos no se vieran afectados por las operaciones que muy pronto emprenderían los jefes del pueblo. Las fuerzas todopoderosas estaban en su contra pero algo podría hacer por esas personas a las que ella, de alguna manera, los había llegado a querer... ¿Cómo lo iba a lograr? No lo sabía, pero estaba dispuesta a realizar hasta lo imposible para protegerlos... Se prometió en dar su vida, si fuera necesario, para salvaguardarlos... Nunca lo hizo.

Epilogo.

Al parecer la historia que les acabo de contar ha quedado trunca sin que se logre definir algunos acontecimientos. Se preguntarán qué pasó con la relación entre Maquel y Syamara. Pues les diré que nunca hubo ningún trato entre los dos. Ellos pertenecían a dos mundos diferentes, por lo tanto, sus vidas jamás se cruzaron. La última vez que ella supo algo de él fue por la carta, -aquel sucio papel de cuaderno que encontró en el muro a la entrada de su colegio- que, a la verdad, no fue una declaración de amor sino un reproche al comportamiento de su padre; cuando alcanzaron su juventud cada uno había vivido sus propias experiencias, muy diferentes, por cierto; en su físico no habían cambiado mucho, pero como jamás llegaron a tener un encuentro cercano nunca se reconocieron a esa edad. Quizá, si hubieran llegado a tener alguna relación personal en su niñez, recordarían su pasado de los encuentros diarios cuando ella pasaba en el carro de su padre mientras él caminaba por las aceras voceando sus diarios, y sobre todo el episodio de la carta. Pero no. Nunca hubo aquello. Pero esas vivencias estaban metidas en la piel de ambos y vivieron, por siempre, con ese recuerdo.

Ella, Syamara, continuó con su vida con los devenires propios de su clase social, nunca supo que Maquel era el mismo muchacho de quien se enamoró en su niñez. Nunca logró saberlo. Sin embargo, el recuerdo de aquel vendedor de periódicos rondaba por su cabeza cada vez que tenía una nueva relación amorosa. Idealizó su figura, y con los hombres que le había tocado compartir un trozo de su vida esperaba encontrar en ellos la imagen sublimada de su primer amor. Aunque Maquel tampoco olvidaba a la niña engréida del auto militar, sin embargo, en las pocas amistades y relaciones de pareja que mantuvo nunca esperó que fueran igual a ella. Casi siempre sus novias o enamoradas eran de su clase social y ninguna anduvo en algún automóvil oficial. Más bien, lo que le ocurrió ese día fue motivo para que, desde entonces, odiara a todas chicas de condición económica elevada. Y, sobre todo, a los que ostentaban algún nivel jerárquico militar. Parte de ese rencor le llevó a que su cerebro confundiera las cosas entre buenas y malas, no supiera la diferencia entre pobres y ricos y confundiera las clases sociales; decían que había perdido la razón, o sea, el raciocinio equivocado imperante en la sociedad que le tocó vivir.

Ahora bien, el programa para eliminar la pobreza matando a los pobres nunca se supo si se dio o no. Maquel nunca se llegó a enterar, tampoco Syamara. No estoy seguro de que se haya implementado, pues, los pobres han seguido existiendo. También pudo haber ocurrido que las medidas impuestas no fueran efectivas o ejecutadas sistemáticamente hasta acabar con todos los miserables; o puede ser que los pobres se volvieron inmunes a las vacunas después de haberlas aplicado por periodos prolongados de tiempo. Nunca se llegó a saber, como son programas que se elaboran y se planean en el más alto nivel social las bases nunca se dan por enteradas.

Emilato

20/12/2015.